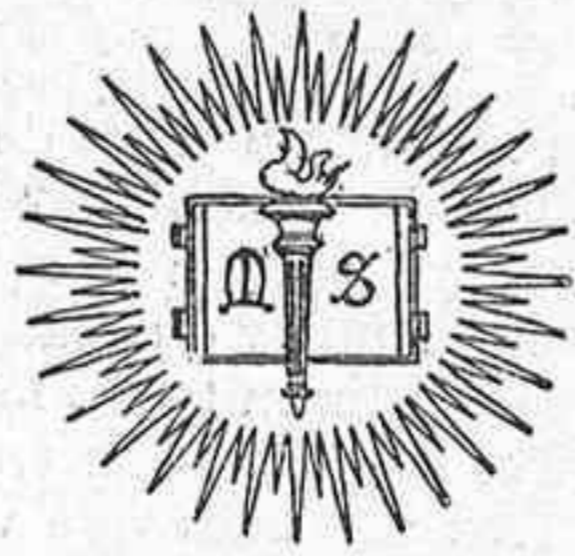


La Ilustración Artística



AÑO XXXIII

BARCELONA 26 DE OCTUBRE DE 1914

NÚM. 1.713

LA GUERRA EUROPEA. - LA CARIDAD DE LAS BERLINESAS

Como en todas las grandes calamidades, en la actual guerra a la magnitud de la catástrofe ha correspondido la de las manifestaciones de la caridad.

En todas las naciones beligerantes, mientras los hombres válidos luchan en los campos de batalla en defensa de sus respectivas patrias, las mujeres se afanan por colaborar en la obra pa-

varas de la Cruz Roja confeccionando ropas para los hospitales en el palacio real de Múnich. La escena que el adjunto grabado reproduce forma con aquélla un gran contraste así por las personas que en ella intervienen, como por el lugar en que se desarrolla. Pero en una y en otra alienta el mismo sentimiento de la caridad, ante el cual desaparecen todas las diferencias de



Oficiales de una de las principales casas de confección de Berlín dedicando sus horas de descanso a hacer calcetines y mitones para los soldados alemanes. (De fotografía de E. Frankl.)

trítica, ora afiliándose a las instituciones filantrópicas que en hospitales y campamentos cuidan de los enfermos y heridos, ora confeccionando ropas y material sanitario con destino a éstos y a los combatientes.

Y en esa labor meritísima ocúpense lo mismo las más linajudas damas que las obreras más modestas.

En el número 1.709 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos una fotografía que representaba a la reina, a las princesas de Baviera y a las damas de la Asociación de mujeres bá-

clases, como desaparecerá entre los que reciben los beneficios de esa obra de amor altruista.

¡Quién sabe si el vendaje preparado por regias manos servirá para el más pobre soldado! ¡Quién sabe si las prendas que confeccionan humildes obreras servirán de abrigo a un potentado aristócrata!

Y como en Alemania, trabaja la caridad en los demás países en guerra. En muchas capitales francesas las señoras postulan por las calles para el socorro de los heridos, entregando a cambio de las limosnas una banderita con los colores nacionales.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo cuarto de la presente serie, que es la preciosa obra de Maeterlinck

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

versión española de Juan B. Enseñat. El libro va ilustrado con numerosos grabados.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La impunidad*, por A. Escamilla Rodríguez. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. El exultán Muley Hafid*. — *El marqués de San Giuliano*. — *La ciudad de Sereievo*. — *El conde Alberto de Mun*. — *Una obra de Celestino Devesa*. — *Don Francisco Vidal*. — *Libros enviados a esta redacción*.

Grabados. — *La guerra europea. La caridad de las berlinesas*. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *La impunidad*. — *Retrato de Miss L.*, pintado a la acuarela por Federico Whiting. — *La guerra europea. La ciudad de Brujas ocupada por los alemanes*. — *El teniente de navío inglés Max Horton*. — *El capitán de navío alemán Weedingen*. — *El teniente aviador inglés R. Marix*. — *El éxodo de los habitantes de Amberes*. — *Estado Mayor inglés*. — *Escuadrón de caballería india*. — *Convoy de tropas indias*. — *Soldados ingleses*. — *Concierto en la Plaza del Reichstag*. — *Primera parada de las tropas alemanas*. — *Convoy de heridos franceses*. — *Soldados ingleses, escoceses y franceses*. — *Lo que queda de dos casas*. — *El exultán Muley Hafid*. — *El marqués de San Giuliano*. — *El general francés Duboil*. — *La mezquita mayor de la ciudad de Sereievo*. — *El conde Alberto de Mun*. — *Panteón de la familia Masllorrens en el cementerio de Olot*, obra de Celestino Devesa. — *D. Francisco Vidal*. — *Familias belgas que se han refugiado en Londres*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De algo que no sea la guerra europea ha de hablarse alguna vez... La guerra, con su fondo macabro, sus matanzas que sobrepujan a la humana imaginación, ha llegado a fatigar nuestro espíritu, abrumando nuestra mente, como una pesadilla de esas que proceden de una mala digestión de manjares fuertes y crudos. El único deseo de todos (así de los partidarios acérrimos del Káiser como de los admiradores de Joffre y French) es que se acabe, que se disipe la nube roja y negra, el vaho de sangre e incendio, y veamos, en el ambiente serenado, lo que realmente ha sucedido, los detalles y escenas, cosa que de todo punto se ignora. Porque con la mayor parte de los sucesos de esta temporada terrible, ocurre lo que con la catedral de Reims: no se sabe de cierto si yace por tierra, convertida en escombros, o si apenas ha sufrido un leve daño, fácil de subsanar no bien la paz dé espacio a la reparación...

Por desgracia, creo más verosímil lo primero que lo segundo... Pero he aquí que ya me voy inclinando hacia el tema habitual. No: por esta vez, es preciso dar al alma un poco de descanso, apartar de la mente la imagen pavorosa de los montones de cadáveres, de los trenes cargados de cuerpos inertes y heridos y moribundos, de las inmensas piras donde se abrasan millares de muertos, para impedir que la peste, que ya amaga, se ramifique, tienda su brazo de esqueleto, más mortífero que el cañón...

* *

Dejémoslo estar: no podemos remediarlo. Echando mano de un poco del horacianismo que todos o casi todos tenemos en las venas, hay que calcular que, al fin, tantas desventuras ocurren lejos, que la existencia es breve y que sólo disponemos del rápido instante fugacísimo (*eheul Póstumel*) y si, por feliz evento, es bello y tranquilo, si un espléndido otoño ríe dorando los bosques no despojados aun de su follaje, y acariciando con amorosa dulzura a las postreras flores (las *remontantes*, como decimos los aficionados, a sabiendas de cometer un galicismo...) debemos simbolizar en estas flores mismas la sabrosa gracia del momento, y hablar de rosas...

Un amigo mío suele decir que, si la costumbre no embotase la sensación, habría que oír las exclamaciones de éxtasis de los que por primera vez viesen o gustasen un limón, un canario, un huevo fresco y una rosa. Estas cosas lindísimas están gastadas, nadie hace caso de ellas. La rosa, en nuestros días, hasta ha pasado de moda, al menos en su variedad típica, la *color de rosa*, perfumada y de verde follaje coquetón, con su capulito al margen.

Y, sin embargo, es la emblemática flor de amor y poesía, la del canto persa, la de la famosa balada del Tasso:

*Deh, mira-egli cantó-spuntar la rosa
dal verde suo modesta e verginella,
che mezzo aperta ancora e mezzo ascosa,
quanto si mostra men, tanto è più bella...*

Y esta rosa, con sus gotas de rocío, que redondean y tiemblan y refulgen como brillantes, es en verdad lo más encantador que contemplarse puede, en una plácida mañana de octubre, cuando aun no ha comenzado la helada a castigar a las plantas y a quemar sus brotes tiernos...

* *

Como la luz, la rosa acaso viene de Oriente. ¿Desde cuándo la conoce la humanidad? Probablemente desde los tiempos primitivos: porque la rosa es... una zarza, ni más ni menos; y en estado silvestre, sencillísima, debe de existir en todos los matorrales de Asia y de América. No por eso la creo contemporánea de los primeros vegetales que vistieron de verdor la costra terrestre: porque esos vegetales estaban en armonía con las condiciones atmosféricas de los primeros tiempos — helechos, cicáceas, ciertas coníferas —. La rosa vino, por consiguiente, más tarde; y el problema científico de la rosa es el mismo de la especie humana: se discute si todas las rosas proceden o no de un mismo rosal, originario, único, o si nacieron en distintos puntos del globo. Los sabios han buscado con afán la solución del enigma de la rosa, en las improntas fósiles, y han encontrado una hoja de rosa fosilizada, y han sacado en limpio que la rosa comenzó en el hemisferio Norte de nuestro planeta. Deduciéndolo de la abundancia de especies de rosales capaces de mejorarse por el cultivo que vinieron del Asia Menor y de la comarca del Líbano, suponen que de allí partió, de las montañas del Cáucaso, donde la más hermosa raza humana tiene su cuna.

Desde la antigüedad abundaron las rosas semidobles. Hacen de ellas mención Ateneo, Teofrasto, Herodoto y Plinio. Este buen Plinio, que tanto se parece a muchos contemporáneos nuestros por su afición al estudio y a la paz, enumera bastantes rosas conocidas en su tiempo, y entre ellas, la de cien hojas. Desde que hubo jardines — ¡y cuán viejos son los jardines en el mundo! — tal vez ya en los pensiles de Babilonia, la rosa fué conocida y estimada de los poetas y de las mujeres, de las princesas y de los juglares. En Oriente, en Persia, existía la rosa amarilla. A la gentil flor doble, de hojas delicadas, como un globo de seda fulva, se le llama en floricultura *persian yellow*... Es de las «fastidiosas» para florecer; tiene un aspecto enfermizo...

En las épocas refinadas de Roma la rosa fué uno de los lujos. Llovían, en los banquetes y orgías de la bóveda dorada de casetones de cedro, pétalos de rosa, que caían sobre la cabeza de los comensales entre una lluvia de perfumes. De rosas, mezcladas con yedra, eran las guirnaldas que los convidados lucían al entrar en el festín. La rosa representaba la alegría, el placer la embriaguez de la vida.

Horacio no le ponía más defecto a la rosa que su breve duración... Tasso pensaba igual, pero tal vez (por lo que a Horacio respecta) no hubiese encontrado tan deleznable a la rosa, no fuese que, entonces, la rosa era semidoble, a lo sumo, y las flores, cuanto más dobles, más tiempo se conservan metidas en agua.

En Poestum, sin embargo (si estamos al testimonio de Virgilio), existían estas rosas que ahora llamamos remontantes, y que florecen dos veces al año. Por Marcial sabemos también que, en pleno invierno, había rosas, en la ciudad dominadora del mundo.

* *

Pero vienen los bárbaros, y la rosa no se cultiva ya... Para reintegrar a la rosa en su glorioso dominio, es necesario que los moros se establezcan en España, y que la Andalucía árabe sea un vasto jardín. En el siglo XIII, en Sevilla, se conocen no pocas variedades de rosas. Los cruzados traen la rosa de Damasco. En el siglo XVII las rosas de China y de Bengala se desposan con las europeas y nacen de esta unión variedades múltiples y preciosas. Hasta el siglo XIX no se introduce la rosa de te, hoy tan vulgar en el comercio. Dícese que la rosa de te es india. En cuanto a la de la Malmaison ¿quién no recuerda, al verla, las tristezas de la Emperatriz desposeída y repudiada, de Josefina Beauharnais? Esta rosa, pulida y suave, como de porcelana o nácar, ha pasado de moda.

¿Por qué pasan de moda las flores? ¿Quién lo sabe! El gusto es muy caprichoso, y se cansa de un color, de una forma, hasta de un perfume. En Madrid, para las mesas, es la rosa te la preferida. Tal vez consista en que abunda más en el mercado. En cambio, la rosa amarilla, con tonos de azufre, y la roja, tan magnífica de forma y de aroma, y de tonalidad (por ejemplo, la que lleva el expresivo nombre

de «Vesubio»), escasean, no aparecen. Verdad es que decorar con ellas, saldría muy caro.

* *

También en las flores, especialmente, hay sus categorías y jerarquías. Yo he notado que en Madrid se ha extendido mucho el gusto y la afición a la floricultura; pero no con aquel refinamiento y aquella intensidad de detalles con que se desarrolla y comunica en otros países. Las sencillas hortensias, las castizas albahacas, los rojos geranios y los vulgares pensamientos que los borriquillos pasean por las calles de nuestra capital, no son, ciertamente, los tulipanes de Holanda, en los cuales ponía su vida y su entusiasmo el báltavo del siglo XVIII, y que requerían cuidados tan prolijos, y costaban miles de pesetas. Séame permitido decirlo: las rosas que se ven en Madrid, en los escaparates de los mismos grandes floristas, no se diferencian mucho de las que en los puestos de la plazuela de Santa Cruz languidecen, abrasadas por el sol. No he solido admirar especialidades de rosas en las tiendas de la Carrera y de la calle de Alcalá. Ni aun las que se cultivan en mi rosaleda he encontrado en Madrid, al menos en el comercio corriente.

Y hay otro síntoma de que en Madrid la floricultura no está extraordinariamente refinada, a saber: que cada flor viene únicamente en su tiempo, y en invierno no se puede pedir una rosa, sin pagarla a precio exorbitante. En todas partes es caro lo temprano y lo tardío; en Madrid es inaccesible. No he llegado a ver en Madrid esas rosas esplendorosas, que con la variedad de sus tonos y coloraciones regocijan los ojos. No digo que no existan, y creo que existirán, sea en jardines particulares, sea en algún establecimiento de floricultura; pero insisto en que las rosas que sobre los manteles niveos o cautivas en el centro de porcelana, plata o cristal, alegran la mesa, aun en grandes banquetes, son vulgares. Hasta han llegado a no interesar; se prefieren los claveles rojos, blancos y rosa. Jaspeados no los veo tampoco. Para afrenta del sol de España y de todas las fantasías de pandereta que el clavel ha inspirado y seguirá inspirando a los copleros, son los floricultores flamencos los que han hecho del clavel algo singular, con ráfagas de plata, con los coloridos más deliciosos como vistos al través de vidrieras de catedral.

* *

Ignoradas o poco menos son en Madrid las rosas célebres, en las cuales tantos triunfos han obtenido esas dos infelices naciones que hoy ven devastar su suelo, y encharcados de sangre sus campos, tan fértiles y bien cultivados ayer. Las exposiciones de rosas francesas y belgas, en el último Certamen Mundial, el de 1900, eran cosa que obligaba a entonar una estrofa de admiración a tanta belleza, de gratitud a quien la creó. Algunas variedades descollaban: el *Príncipe de Bulgaria*, una híbrida de te, que parece pintada por los dedos de la Aurora; una *Mistress W. Cutbush*, que pasa del amarillo pálido al rosa más vivo; un *Recuerdo de J. B. Guillot*, que ostenta la púrpura encendida de un ocaso; una espléndida *Francia*, que es, en mi entender, la rosa ideal, la más divina, muy grande, muy doble, con follaje airoso y de un verde gratisimo, y la flor misma del color que por *rosa* entendemos, fino, delicado, vivo, de la hechura globulosa más perfecta, y con una fragancia embriagadora a ninguna comparable. A su lado, aunque tan bellas, estimé menos al *Príncipe Napoleón*, con su grácil capullo; al *Comendador Julio Gravereux*, cuyas hojas caprichosas parecen desgarradas o picadas a tijera; a la extraña *Le Hay*, enorme, color de amaranto; a la rara *Arturo Goodwin*, color de naranja, y a tantas y tantas novedades y maravillas como presentaba allí el arte del jardinero (sin omitir la fea *viridiflora*, cuyas flores son verde manzana, y parecen colecciones de Bruselas).

No; entre nosotros no se ha extendido mucho esta afición tan culta, tan suave, tan humanitaria... Consolémonos pensando en lo que ocurre en las naciones donde la flor hermosa el existir... ¡La flor no basta para humanizar al hombre, por desgracia!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

LA IMPUNIDAD. POR A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ, dibujo de Mas y Fondevila



Un murmullo de admiración la saludó

El circo estaba lleno de gente. Las grandes atracciones mundiales en equitación y acrobatismo, los prodigios de fuerza y habilidad, lo más estupendo en el difícil arte de retorcer músculos y dislocar huesos, el *clou* de las muecas hilarantes, formaron compañía aquella primavera de días tibios y de noches plácidas y perfumadas con las varias esencias de una abundante flora.

Verdad que la presentación de los trabajos era espléndida. Mucha luz inundando la pista; riquísimas alfombras de Rabat; lujosas libreas; lindos jaeces; destellantes aparatos metálicos con guirnalda de flores; profusión de áureos bordados en trajes y gualdrapas, todo cuanto seduce y maravilla aparecía combinado en el espectáculo.

Añádase la singular belleza juvenil de miss Ketty, puesta en riesgo inminente a muchos metros de altura sobre las cabezas de los espectadores, y las estólicas gracias de Tom, que entreveraban la risa en momentos de anhelante miedo, y se comprenderá en toda su magnitud la sugestión del circo en que tú, lector benévolo, y yo, ganapán de mis impresiones, ocupábamos unos asientos.

Pasó el número de la *ecuyere* grácil y leve como una pluma sobre orondo caballo blanco; pasaron también los malabaristas que en actitudes apolíneas jugaban con bolas muy pesadas y cuchillos de filo y punta; desfilaron monos que imitaban a los hombres y hombres que imitaban a los monos y llegó, por último, la sensacional aparición de miss Ketty.

Su rostro, nimbado por una cabellera rubia cual cascada de oro líquido, parecía de nácar con incrustaciones de coral — sus labios cortos y finos — y con dos luminosas turquesas — sus ojos de mirar dulce y embriagador. Las suavísimas curvas de su cuerpo reproducían todos los encantos de las ondinas y aun los de su reina y señora la deificada Afrodita.

Un murmullo de admiración la saludó. Después se hizo profundo silencio, cuando un torrente de luz celestial bañó su figura. De muy altos mástiles bajaron unas anillas pulidas, al extremo de dos hilos de rosas, y aquel cuerpo, tras ondular con levedad, ascendió rápido. Ya en la altura, curvóse aún más en horizontales dominaciones, golpeando uno con otro sus pies calzados de blanco, menudos como dos almendras. Enganchada por las corvas, dejóse caer

violentamente cabeza abajo, flotando en la brisa sus hilos de oro. Luego, cogiendo con sus dientes marfilinos una garruchilla, se lanzó a lo largo de un alambre invisible, tenso y vibrátil. ¡Era el supremo instante! Miss Ketty hizo varios ejercicios en otras anillas, giró vertiginosamente sobre sus torneados brazos y, deslizándose por un cable, no tocó al suelo con las puntas de sus botinas blancas, porque Tom, el payaso, la recogió en el aire al tiempo que la arrojadísima artista lanzaba su habitual grito de satisfacción. Un aplauso unánime premió su trabajo.

Cuando ya el público salía del circo, yo, lector curioso, te llevé al cuartito de Tom para que le conocieras de cerca, sin cuernecillos de estopa, sin manchas de albayalde y sin chafarrinones de carmín y humo de pez.

No creíste nunca que un payaso fuera así; no sospechaste jamás que un hombre como Tom hablase en serio. Si eres joven y aun no conoces bien a la humanidad, tendrías por risueño siempre a quien vive de hacer reír, y por serio hasta en sus actos familiares al señorón que se deja crecer la barba, que ahueca la

voz y frunce el ceño para adquirir indubitable aspecto de formal. Si eres viejo, la villana desilusión, adueñándose de tu inteligencia, te haría ver la máscara de la seriedad y la de la risa en el alma de los demás. Joven o viejo, estás expuesto al error y en el caso de Tom la erraste completamente.

El cuarto de Tom, de unos tres metros en cuadro, contenía una excusabaraja con ropas, una percha larga con otras cuantas prendas, un tocador lleno de frascos con colores y, al lado de un espejo, retratos de artistas con dedicatorias de una ortografía convencional. Sentado en un taburete, el payaso se quitaba con una toalla la pintura del rostro.

— ¡Hola, querido Tom! Tengo el gusto de presentarte a... (aquí tu nombre, lector), persona de mi confianza, reservada y prudente.

— ¡Ah! Basta que sea su amigo. No hay donde sentarse. ¡Es esto tan pequeño!

— Tu trabajo le ha regocijado en extremo.

— Hago lo que puedo por complacer al público; pero en esta compañía hay artistas notabilísimos: Casimir Constans, el atleta, es colosal; Edouard, el equilibrista, es portentoso; y sobre todos Ketty, la bellísima Ketty, realiza primores. Mi tiempo pasó. Una maldita caída que me rompió el coxal derecho me relegó a la condición ínfima en que ustedes me ven. Mi primera mueca fué de un dolor horrible, aunque la gente se rió muchísimo. Desde entonces no cesa de reír cuando salgo a la pista y esa risa me redime de la espantosa miseria, que es lo que importa.

Completamente limpia la cara, Tom es cetrino, de ojos negros, hundidos entre unas cejas no muy espesas y unos pómulos prominentes, un poco rojos. De su boca, grande y rasgada, faltan algunos dientes.

— Sí, dije desviando la conversación, esa miss Ketty es una criatura ideal. ¡Lástima que sea inglesa!

— ¿Por qué?

— Porque su temperamento la impedirá congeniar con los españoles.

— ¿Acaso usted?..

Y en los ojos de Tom, de un brillo fugaz, quise descubrir la intención que faltaba en sus palabras.

— Me gusta, nada más.

— En el tiempo que la conozco, y va para cuatro años, la he visto siempre desdeñosa a toda insinuación de amor. Miss Ketty no debe haber nacido para amar, sino para ser amada. Aquí, en la compañía...

Nos interrumpió Constans, el fornido atleta, un francés rubio, carirredondo, de largos y enhiestos mostachos.

— ¡Cuánto habláis, Tom! Más os valiera ser mudo, si en todos los terrenos no sostenéis vuestros dichos.

— ¿Qué es lo que yo he dicho que deba callar! Siempre estáis con chismes a costa mía!

— Ya sabéis que Mr. Edouard no miente nunca.

— Permittedme. Estoy hablando con estos señores.

— Sois un imbécil, Tom, y el día menos pensado os abofeteo delante de todo el mundo.

Como si, en efecto, le hubiera cruzado la cara con aquella amenaza, Tom cogió unas tijeras que tenía sobre el tocador y, rápido como el pensamiento, las hundió en el vientre del francés. Sólo cuando Constans se desvaneció por efecto de la herida, pudimos desprenderlo del payaso.

El hecho, por lo imprevisto, fué objeto de muchos comentarios. Los periódicos lo atribuyeron a rivalidades del oficio, no pudiendo achacarlo a cosa de más importancia. Constans estuvo en el hospital, en grave peligro de muerte, y Tom extinguió su condena en un correccional.

Repuesto el francés, volvió a su trabajo y algunos meses después una noticia interesante comenzó a circular: miss Ketty, la inglesa insensible, tenía concertada su boda con él. ¡Una criatura tan delicada, tan espiritual, casarse con un tío grosero, deforme, grande como un buey! ¡Era el colmo!

Sin embargo, pasó tiempo y la boda no se verificaba. Un día se anunció en los carteles del circo la reaparición del popularísimo Tom. Agotáronse las localidades en menos que se dice.

El cuadro ya descrito tenía tonos más cálidos y los aplausos con que se saludó a Tom fueron ardorosos, frenéticos. Tom era un ídolo del público y además un elemento imprescindible, confortante del ánimo, deprimido con los arrestos de valor de miss Ketty.

Sobre los bigotes rubios del francés fulguró como



Retrato de Miss L., pintado a la acuarela por Federico Whiting
(Reproducción autorizada por Mrs. Lyster.)

un relámpago una mirada diagonal de envidia y de rencor. Él iba perdiendo fuerzas; por su rostro gordinflón resbalaban ya gotas de sudor que no corrieron nunca y algunas veces se le caían apenas levantadas las pesadísimas barras de hierro que antes manejaba como briznas.

Tom, su agresor, volvía más gracioso que nunca. Hasta miss Ketty, sentada en las anillas de cuerdas aguinaldadas, reía a placer. El triunfo de Tom era completísimo y en noches sucesivas se consolidó. ¡Jamás el negocio, según nos dijo el empresario entre bok y bok de obscura cerveza, fué tan boyante! Pero todo tiene su término y frecuentemente las satisfacciones son lo que menos dura. En una función de gala, cuando el payaso más feliz era en sus ocurrencias, cuando la bella inglesa acababa de sonreír inequívoca, cuando el público se había olvidado de aquellos anuncios de boda con Constans y creía que la acróbata simpatizaba demasiado con Tom, en el instante en que se deslizaba por el alambre mordiendo la garruchilla, un grito desgarró el espacio. ¡La linda criatura caía desde lo alto, quedando inmóvil sobre la fina arena!

El público invadió la pista y pronto se supo en toda la ciudad que miss Ketty era cadáver a consecuencia de una congestión visceral.

Fuimos al cuarto de Tom y le encontramos en el mayor abatimiento.

— ¡Qué horrible, qué horrible es lo ocurrido!, exclamaba. El causante de todo es ese bruto de Constans. Ya lo conocen ustedes. Es un animal orgulloso de su fuerza, prendado de su hermosura.

— Miss Ketty le amaba, ¿verdad?

— No; le temía. Se hubiera casado con él por eso nada más: por miedo. Constans es capaz de todo y sentía por ella las fogosidades del instinto.

— ¿De modo que usted cree que no se trata de un accidente, sino de un crimen premeditado?

— Yo no creo nada... Yo no sé nada... Constans tiene mucha culpa... ¡Pobre miss Ketty! Tan linda..., tan simpática..., tan buena...

Horas y horas se pasó Tom en incoherentes lamentaciones. Con el traje de payaso tomó un coche

a la mañana siguiente y sobre el cuerpo que yacía en el depósito del cementerio amontonó una banasta de flores frescas, odoríferas, policromas.

El juzgado incoó diligencias sumariales en averiguación de la verdadera causa. El director de la compañía no sabía absolutamente nada; Constans bramó con furia ante escribano y alguaciles, y a Tom lo tomaron por loco. No se pudo acusar a nadie, aunque reconocidos los extremos del alambre por el sitio donde se rompió, los peritos afirmaron que había sido limado con una escofina.

Evidenciáronse en el sepelio las simpatías que consiguió captarse miss Ketty; transcurrieron meses, años y, lo que ocurre siempre, nuevos sucesos borraron las impresiones de los viejos y nadie volvió a acordarse de la tragedia ni de sus personajes.

De modo harto curioso celebrábase la Semana Santa en X, pueblecillo de una provincia meridional, y a presentarse sus fiestas fué invitado por unos amigos que allí vivían. Todas las figuras que intervinieron en la cruenta Pasión y Muerte gloriosa de Nuestro Señor eran seres vivos que, discretamente caracterizados, adoptaban actitudes en las procesiones organizadas y vistas con respeto y devoción.

En una procesión de madrugada que llegaba a la ermita de Jesús, llamó mi atención un penitente con túnica nazarena que, descalzo, arrastraba una cruz de gran peso. Pregunté quién era y me contestó un campesino que tenía a mi lado;

— Es el loco..., el loco.

— Pues no parece que ese hombre esté perturbado, repliqué.

— Ahora no lo está; pero dicen que aquí vino de una casa de locos. Yo se lo oí contar a mi padre y es una historia interesante.

— Y ¿dónde vive ese hombre?

— Allá abajo, en el ejido, y más solo que un hongo

La tarde de aquel día fuí a su casa del ejido. Apenas pisé el umbral, el hombre se conmovió.

— ¿Qué busca usted aquí?, interrogó.

— Calma. Creo que fuimos amigos.

— ¡Amigos! ¿Acaso he tenido yo amigos alguna vez?

— Y si no lo fuimos, podemos serlo.

— ¡Gracias! La amistad y el amor no tienen nada que echarse en cara en cuanto a veleidosos.

— Pues ahí va mi mano.

— Esta es la mía.

Nos sentamos cerca el uno del otro. De pronto, dándome una palmada en la frente, exclamé:

— ¡Sí, sí! ¡El mismo!

— ¡Qué dice usted!

— Que en otra época más venturosa yo conocí un payaso llamado Tom.

— ¡Cállese!.. Constans tuvo la culpa... ¡Pobre miss Ketty! ¡Tan linda..., tan simpática..., tan buena!

— No soy de la policía ni denunciaré a nadie. Aquello fué un crimen, ¿verdad, Tom?

— Sí, un crimen horrible. Yo estaba muy enamorado, ella me quería y, sin embargo, se casaba con Constans.

— ¿Acaso él descubrió los amores de ustedes y satisfizo su venganza con la infeliz Ketty?

— No sé..., no sé...

Y en un raptó de desesperación, el desdichado se mesaba los cabellos, levantaba la vista al cielo, imprecatoria o suplicante. Dió vueltas y más vueltas en el cuarto misérrimo en que nos hallábamos y, de súbito, con los ojos casi fuera de sus órbitas, me dijo:

— Júreme usted por lo más sagrado que jamás, sean cuales fuesen las circunstancias, descubrirá este secreto.

— Se lo juro.

— Pues bien, sí; el alambre fué limado y el criminal se suicida poco a poco, en una impunidad que conviene a la expiación de su culpa.

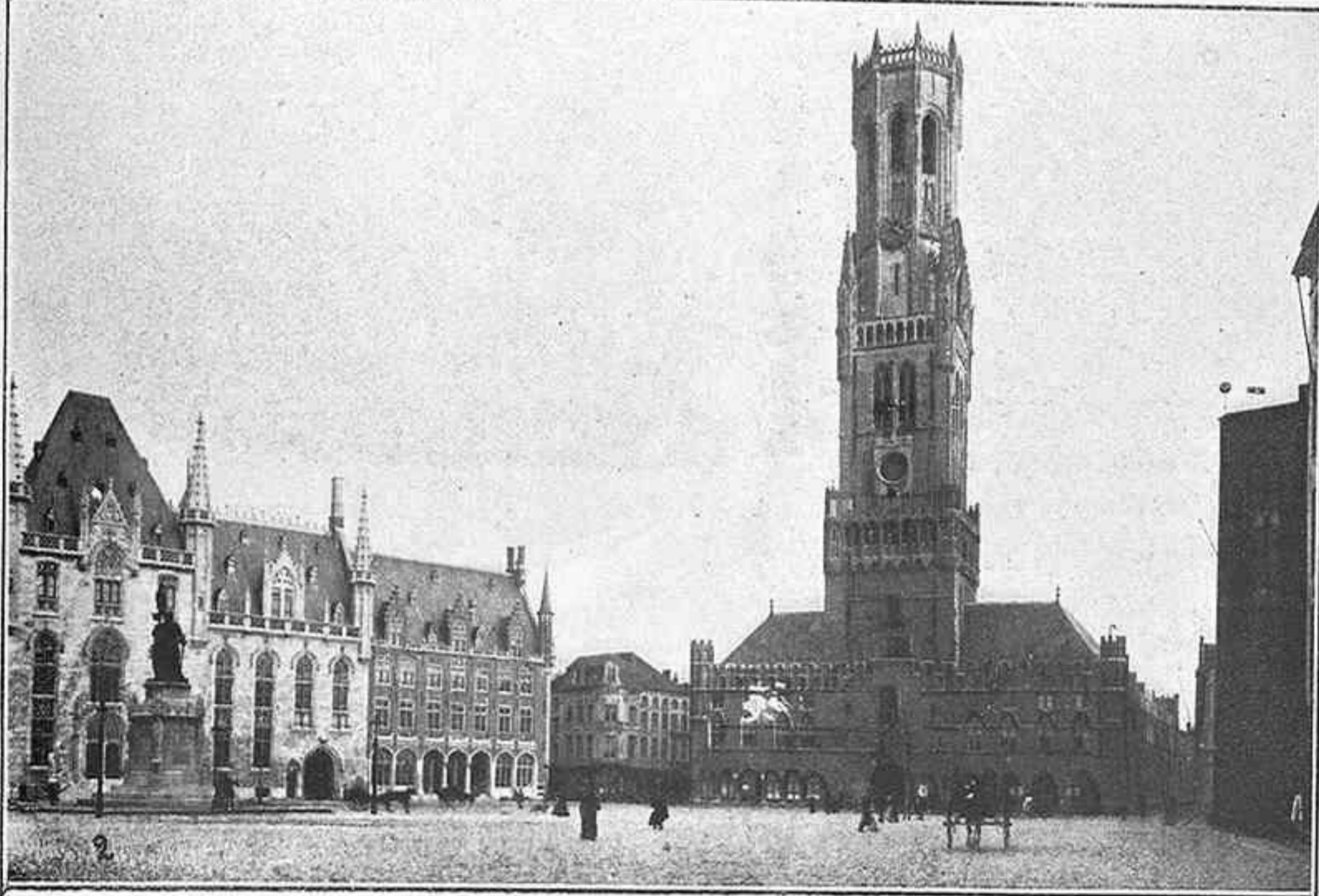
— ¿Luego?..

— El criminal quiso que miss Ketty muriera queriéndole, que no se casara con ese feroz titiritero.

— ¡Tom!

— Lo aprendí en la cárcel.

Me puse rápidamente en pie para marcharme, aunque no pude dar un paso, porque el payaso se echó a mis plantas llorando, con una congoja que le ahogaba.



1. Los hospitales civiles. - 2. Plaza Mayor con el palacio del Gobernador y la torre del-Mercado. - 3. Interior de la iglesia de Nuestra Señora. - 4. Vista del Muelle del Rosario

LA GUERRA EUROPEA

Los alemanes, prosiguiendo su invasión de Bélgica, se han apoderado sucesivamente de las ciudades de Brujas, Blankenbergue y Ostende, y después de haber dejado guarnecidas aquellas poblaciones, se han dirigido hacia el Sur a reforzar los ejércitos que luchan en Francia, habiendo realizado algunos ataques que han sido rechazados por las tropas belgas que se mantienen en la línea del Iser.

Según telegrama de La Haya, el número de soldados belgas e ingleses que se refugiaron en Holanda después de la toma de Amberes es de 20.000 y 2.000 respectivamente.



El teniente de navío inglés Max Horton, comandante del submarino E. 9, que recientemente ha echado a pique un destructor y un crucero alemanes. (De fotografía.)

El Presidente de la República francesa Sr. Poincaré, al tener conocimiento del propósito del gobierno belga de trasladarse a Francia, dirigió al rey Alberto un telegrama ofreciéndole a él y a su gobierno hospitalidad en una ciudad francesa y asegurándole la completa soberanía del gobierno real. A este telegrama contestó el monarca belga en los siguientes términos:



El capitán de navío alemán Weddingen, comandante del submarino U. 9, que recientemente echó a pique tres cruceros ingleses. (De fotografía.)

«Señor Presidente. Siéntome profundamente conmovido por la hospitalidad que Francia está dispuesta a ofrecer tan cordialmente al gobierno belga y por las medidas que el gobierno de la República adoptó para asegurar nuestra completa independencia y nuestra soberanía. Esperamos con inquebrantable confianza la hora de la victoria común luchando juntos por una causa justa. Os ruego, señor Presidente, que creáis en mi afecto inalterable. — Alberto.»

El ala izquierda de los aliados sigue extendiéndose

se hacia el Norte, encontrándose actualmente el extremo de la misma en Nieupoort, es decir, enfrente de Ostende, en donde está el extremo del ala derecha de los alemanes, que se han ido extendiendo paralelamente a aquéllos. Entre los hechos más culminantes ocurridos en aquella zona del teatro de la guerra citaremos la ocupación de Laventie, Fleurbaix, Armentieres y de otras poblaciones francesas y de la ciudad belga de Iprés por los aliados; la evacuación por los alemanes de un territorio que ocupaban a la izquierda del Lys; y los avances realizados en muchos puntos por el ejército anglo-francés que ha re-



El teniente aviador inglés R. Marix, que desde su aeroplano lanzó, en Düsseldorf, varias bombas sobre un Zeppelin, destruyéndolo. (De fotografía.)

chazado vigorosos ataques del enemigo. Sábese que al Norte y al Sur de Arras se han librado encarnizados combates y que hacia aquella parte han acumulado considerables fuerzas ambos beligerantes, lo que permite creer que antes de poco han de trabarse allí grandes batallas que pueden ser de mucha influencia para el curso ulterior de la lucha.

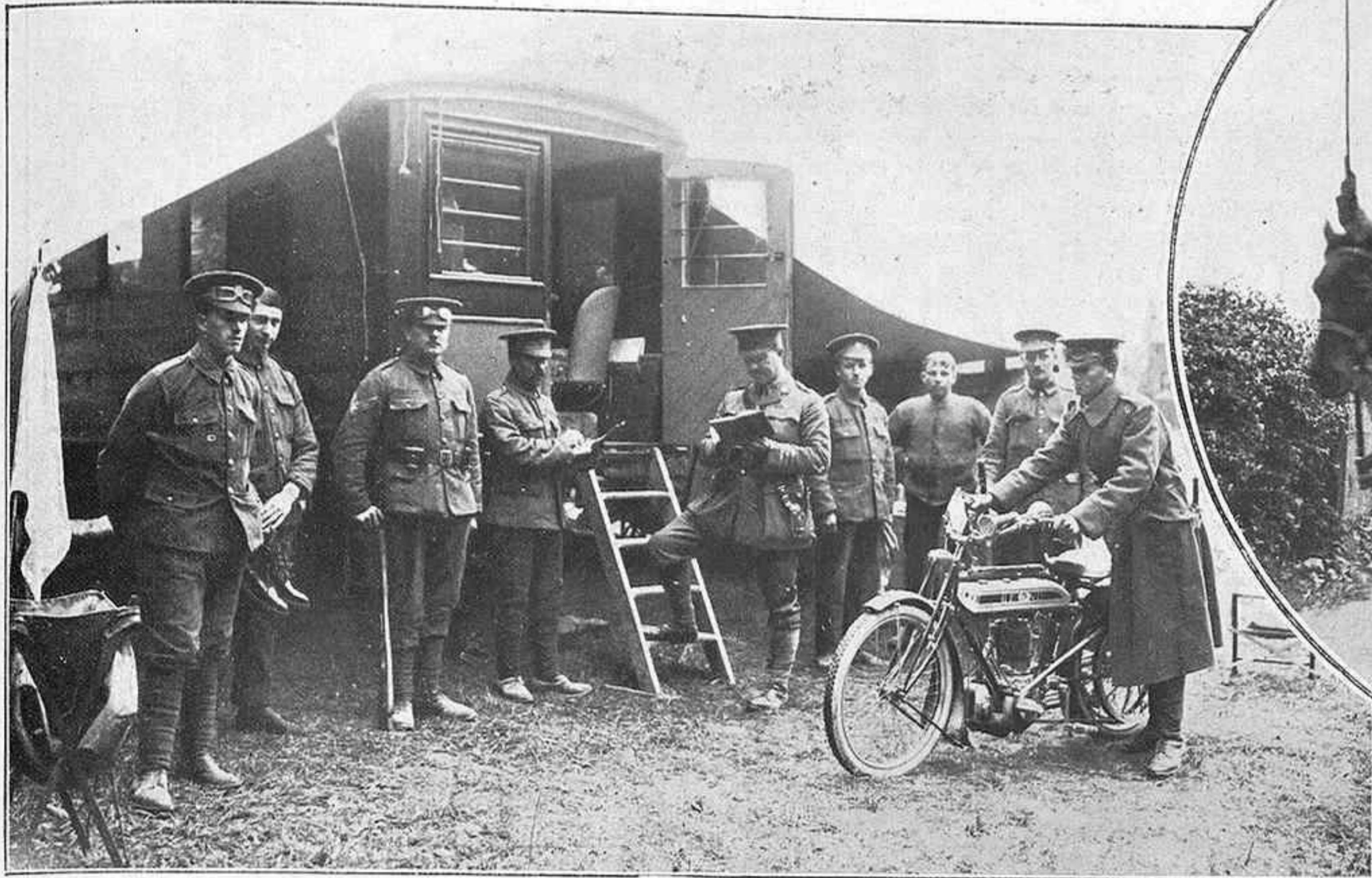
En el centro, las notas oficiales del Gobierno de



La guerra europea. En Bélgica. El éxodo de los habitantes de Amberes. — Religiosas que con sus educandas abandonan la ciudad de Amberes bombardeada por los alemanes. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

Burdeos señalan continuos avances de los aliados y la toma por éstos de varias trincheras alemanas; y en el ala derecha, el avance en los alrededores de Saint-Mihiel y al Sur de la carretera de Verdún a Metz y un ataque infructuoso de los alemanes en la región de Malancourt, al Noroeste de Verdún. Dicese, ade-

ta han pasado los Cárpatos y penetrado en Hungría, en donde ya operaban otras fuerzas suyas; que han conseguido una gran victoria en los alrededores de Varsovia; que continúan los combates encarnizados



La guerra europea. - Estado Mayor inglés que forma parte del ejército enviado por el gobierno de la India

más, haberse comprobado que las tropas del kronprinz y del príncipe de Baviera se alejan de Verdún y de los altos del Mosa. Y en una de ellas se comunica que los alemanes han bombardeado el fuerte de Lerouville que forma parte del campo atrincherado de Toul.

Ocioso nos parece decir que las noticias de procedencia alemana niegan los éxitos que se atribuyen los aliados.

De la lucha entre rusos y alemanes se tienen po-

al Sur de Przemysl, no siendo cierto que hayan levantado el asedio de aquella plaza; y que han fracasado las tentativas de los austriacos para atravesar el río San. Y los austriacos afirman: que han ocupado la ciudad de Yaroslaw; que los rusos han sufrido pérdidas enormes en sus ataques a Przemysl y que han tenido que abandonar el asedio de esta plaza en la que han entrado sin dificultad las tropas de socorro; que las fuerzas austriacas que desde Hungría han pasado por los Cárpatos están ya en la Galitzia del Este, en la llanura del Dniester; que el ejército austroalemán ha penetrado en la Polonia rusa hasta la línea del Vístula y ha rechazado a ocho cuerpos de ejército ruso al Sur de Varsovia; y que Hungría está completamente libre de enemigos.

Un telegrama de Londres, después de decir que las noticias referentes a la lucha en la frontera austriaca son confusas y contradictorias, añade que, según parece, los austriacos han acumulado allí poderosos re-

Escuadrón de caballería india en Francia. (Fots. de Rol.)



fuerzas llegados de Prusia y que a consecuencia de esto, los rusos se vieron obligados a mantenerse a la defensiva en las posiciones ocupadas y a hacer algún repliegue para evitar ser atacados de flanco.

Los serbios han rechazado varios ataques emprendidos por los austriacos en varios puntos, especialmente sobre el Save y el Drina. También los montenegrinos dicen haber obtenido sobre los austriacos una brillante victoria al Norte de Seraievo.

En el extremo Oriente, los japoneses continúan el sitio de Tsing-Tao, habiéndose apoderado de algunos fuertes y de la colina del Príncipe Enrique, posición importante que domina aquella plaza.

Además, según una nota de Tokio, han ocupado, por necesidades militares, las islas Marshall, las Marianas y las Carolinas occidentales y orientales, colonias alemanas situadas en el Océano Pacífico.

Según telegrama de Londres, la escuadra rusa ha echado a pique en el mar Báltico dos submarinos alemanes; esta noticia ha sido desmentida por la embajada de Alemania.

El Almirantazgo inglés comunica que en aguas de las costas holandesas, un crucero y cuatro destructores ingleses han tenido un encuentro con cuatro destructores alemanes, que fueron echados a pique.

En el mar del Norte, un submarino alemán ha echado a pique el crucero inglés *Hawke*, de 7.350 toneladas, habiendo perecido 350 tripulantes.



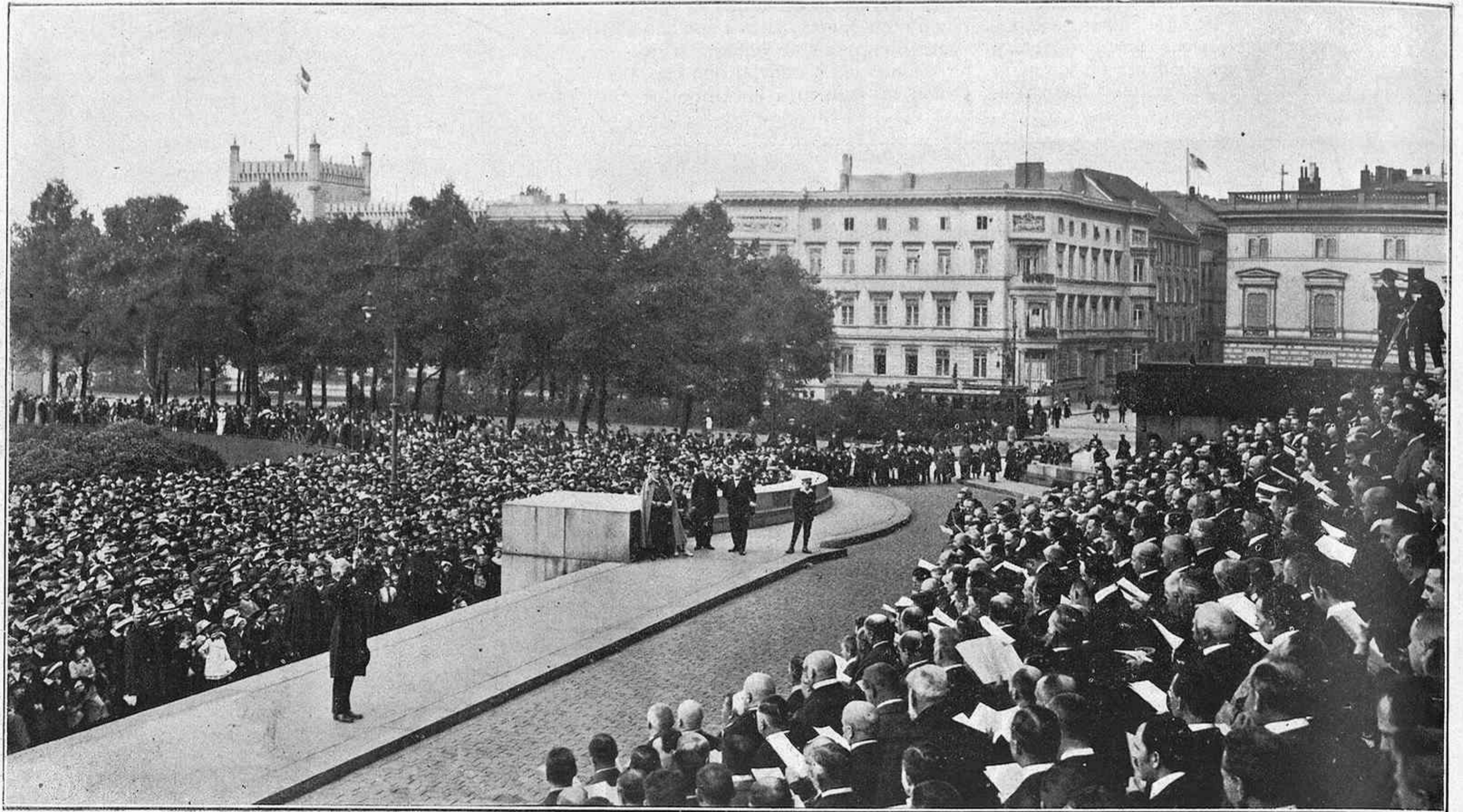
Convoy de tropas indias dirigiéndose al teatro de la guerra

cas noticias; la más importante es la de haber los alemanes recuperado la plaza de Lyck. A pesar de esto, la impresión general es que en la Prusia oriental los alemanes deben estar a la defensiva.

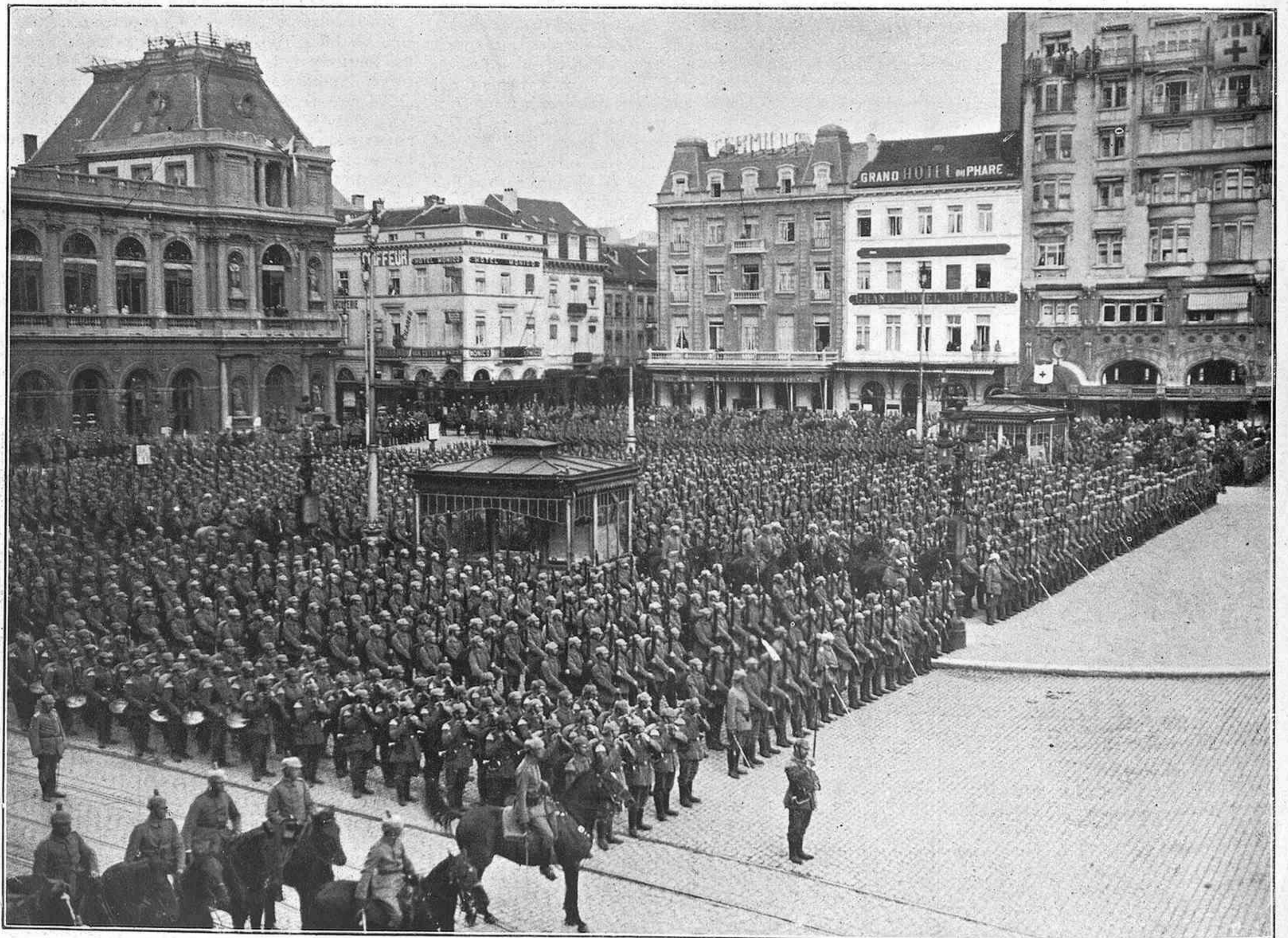
En cuanto al teatro de la guerra austro ruso, hemos de repetir lo que dijimos en nuestra última crónica acerca de la imposibilidad de saber a ciencia cierta lo que allí ocurre y por consiguiente adoptaremos el mismo sistema que en aquella adoptamos. Dicen los rusos: que nuevas divisiones de caballería moscovi-



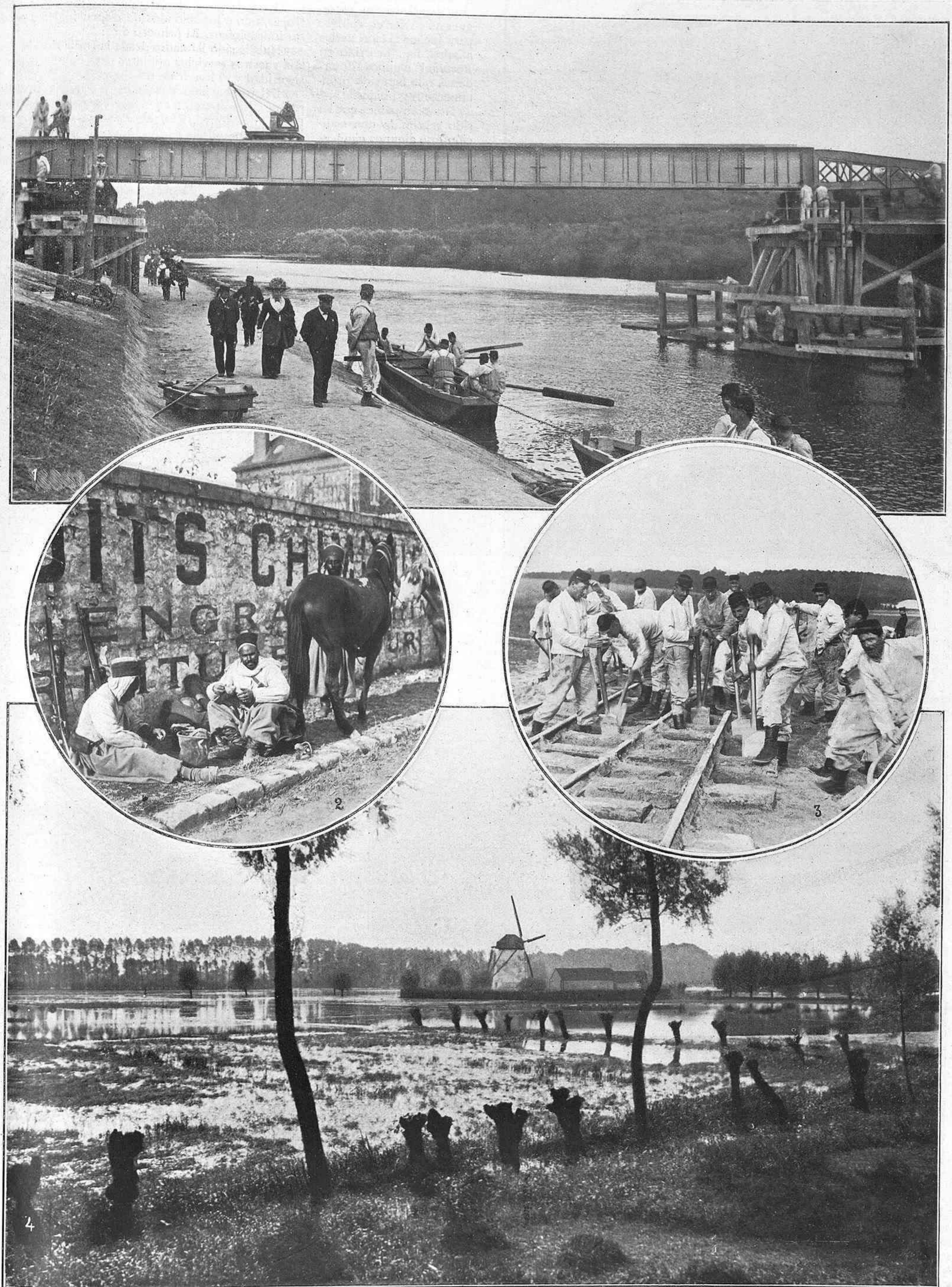
Soldados ingleses preparando la comida. (De fotografías de Rol.)



Concierto dado por los orfeones berlineses a beneficio de la Cruz Roja en la Plaza del Reichstag



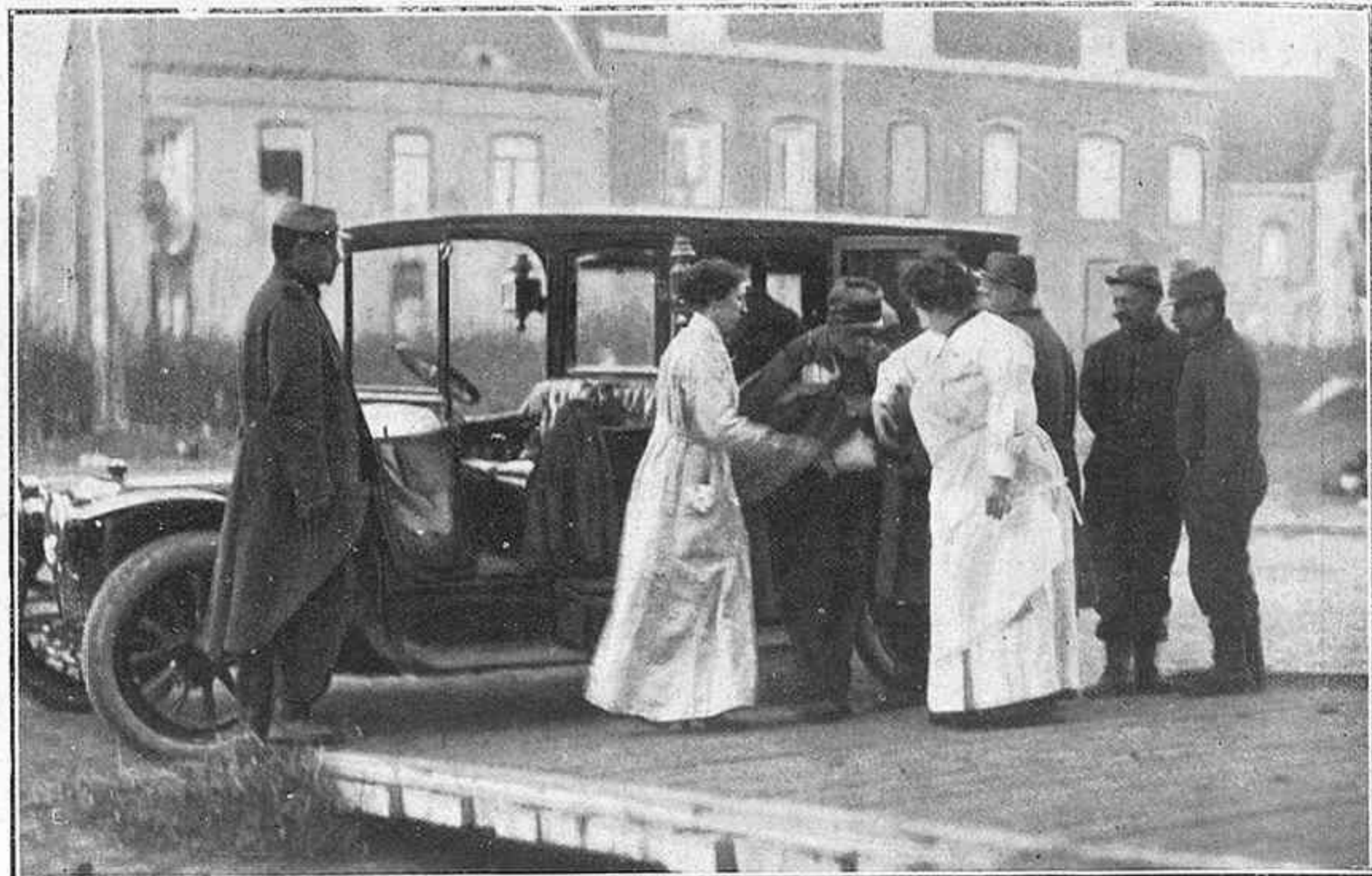
Los alemanes en Bruselas. - Primera parada de las tropas alemanas en la capital de Bélgica



1. Soldados ingenieros franceses construyendo un puente sobre el Marne. - 2. Soldados marroquíes preparándose la comida. - 3. Ingenieros franceses construyendo una línea férrea después de la retirada de los alemanes. - 4. Terrenos de las inmediaciones de Amberes inundados para impedir el avance de los alemanes



La guerra europea. - Convoy de heridos franceses, uno de los cuales lleva cubierta la cabeza con un casco alemán



Llegada a Vierzy (departamento del Aisne) de un soldado herido conducido en automóvil (De fotografías de Rol.)

La escuadra francesa ha tenido en el Adriático un encuentro con una escuadrilla de torpederos austriacos, uno de los cuales fué capturado y destruído. En la costa de Kiao-Cheu se ha hundido el crucero japonés *Tacachiho* por haber chocado con una mina; la tripulación pereció en su mayor parte, pues sólo se salvaron un oficial y nueve marineros.

A principios de este mes desembarcaron en Marsella los contingentes de tropas de la India que vienen a combatir en Europa al lado de los aliados y que se componen de indios mahometanos e ingleses. Las fuerzas de Artillería y de Ingenieros están formadas exclusivamente por soldados ingleses. El desfile de aquellas fuerzas por las principales

El segundo está concebido en estos términos: «He pedido a mis fieles soldados de la India que den una nueva prueba de fidelidad viniendo a luchar contra un enemigo implacable. Pronto mis bravos soldados indostánicos cumplirán sus sagrados deberes en el campo de batalla. Estad seguros de que nunca os apartaréis de mi pensamiento. Marchad adelante y añadid nuevos timbres de gloria a las tradiciones de valor heroico del ejército angloindio.» Un diario londinense, comentando la llegada de estas tropas, dice que el desembarco de estas fuerzas tiene una significación importante no sólo desde el punto de vista de los refuerzos útiles, sino también porque responde a la ambición de las Indias de que

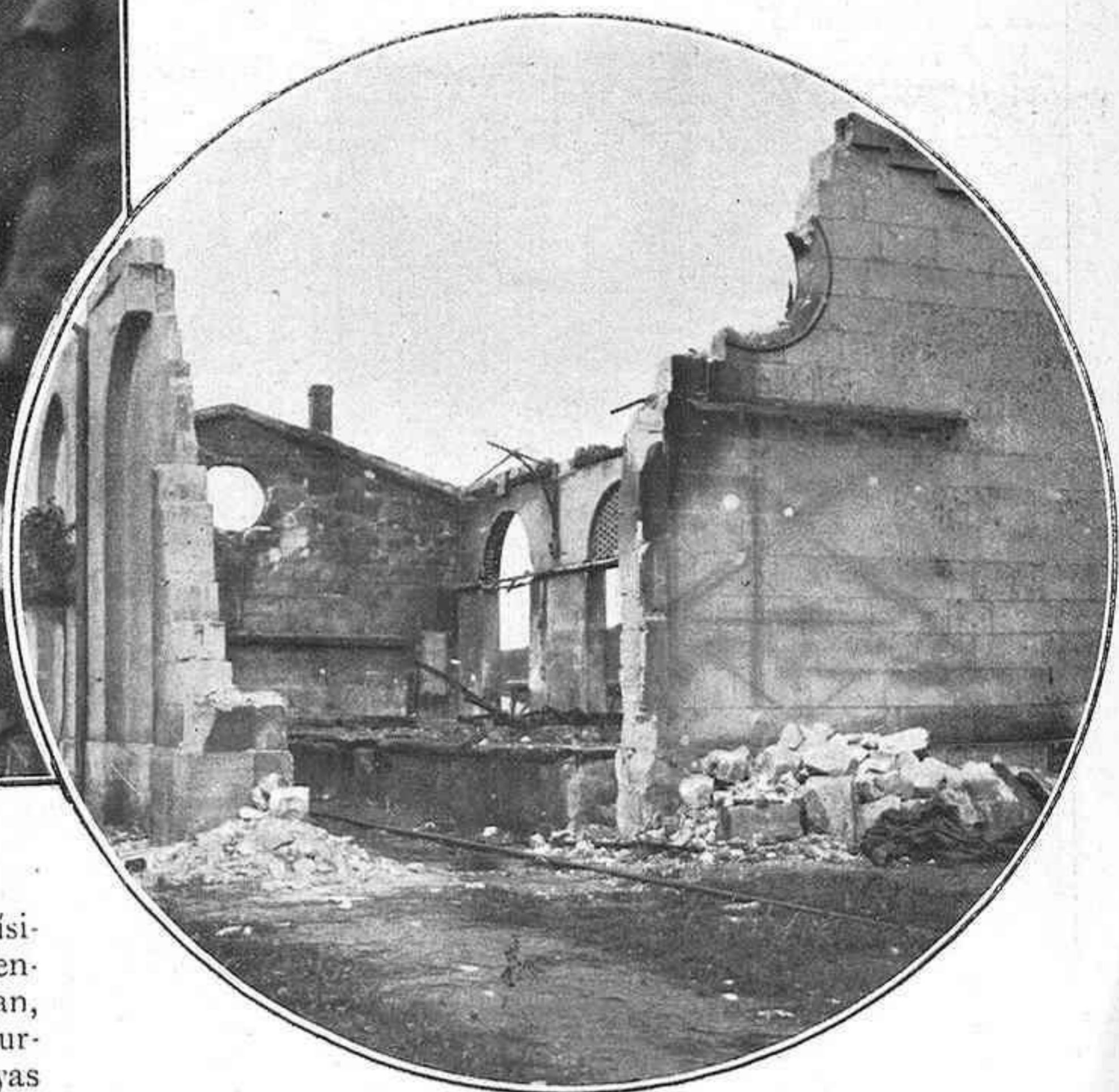


Soldados ingleses, escoceses y franceses fraternizando en Albert (Somme)

Los ingleses han capturado dos *Zeppelines* alemanes; uno de ellos fué cogido por dos torpederos que disparando contra él le hicieron caer al mar; el otro, que sin duda intentaba arrojar explosivos sobre los parques militares de Chatham o tal vez sobre Londres, fué capturado en Sherness después de haber sido tiroteado y destrozado. Han muerto en recientes combates el gran duque Oleg de Rusia y el príncipe Wolrad Federico de Waldeck Primont, hermano de la reina madre Emma de Holanda.

calles marselesas resultó brillantísimo, llamando principalmente la atención los príncipes que las mandan, ricamente vestidos, tocados con turbantes adornados con preciosas joyas y montados en soberbios caballos. Los balcones, las ventanas y hasta los tejados de las casas estaban llenos de gentes que arrojaban infinidad de flores al paso de las tropas; la muchedumbre aclamaba las tropas y colocaba flores con los colores naciona-

los ingleses y franceses en las túnicas de los soldados. El rey Jorge V ha dirigido dos mensajes a esas tropas, uno a los soldados de origen inglés y otro a los indostánicos. El primero dice: «Habéis sido llamados desde la India donde prestáis vuestros servicios militares para combatir por la seguridad y el honor de mi Imperio. Bélgica ha sido devastada y Francia invadida por el mismo potente enemigo. Tengo absoluta confianza en vosotros. El deber es vuestra divisa y este deber lo cumpliréis hasta el fin. Seguiré con vivísimo interés vuestras acciones en el campo de batalla. El deseo de vuestra prosperidad no estará nunca ausente de mí. Pido a Dios os bendiga y os haga victoriosos.»



Después del bombardeo de Vierzy. Lo que queda de dos casas situadas junto a la estación del ferrocarril. (De fotografías de Rol.)

sus soldados sean admitidos a combatir al lado de sus camaradas ingleses.

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

- ¡Cómo se ve que es rico!, exclamó Ratier. Pues bien, querido, mande usted a buscar un *break*; nosotros como tenemos prisa nos contentaremos con él.

bonita! Después de haber reflexionado esto, Remisof echó a andar aceleradamente, llegando en muy poco tiempo al hotel de Bâde.

- ¿Al Monte de Piedad? ¡Qué horror! ¡No quiero!, exclamó Remisof rojo de cólera.
- «No el cadalso; es el crimen el que causa el



... y al percibir en el fondo del jardín un vestido claro de mujer, encaminóse hacia allí, besando a la joven que lo llevaba...

- Prefiero ir a pie, dijo Remisof, acordándose de que estaba arruinado.

- Como usted quiera... Hotel de Bâde y al galope, dijo Ratier que se metió en el coche después de haber metido en él a sus compañeros.

Remisof los vio desaparecer bajo la bóveda, lanzó un profundo suspiro y murmuró en ruso:

- ¡Imbécil!

¿Era a sí mismo, a Ratier o al coronel a quien lanzaba esta interjección tan poco cortés? Quizás fuese a Josia. Fuese a quien fuese encaminóse hacia el bulevar más malhumorado que nunca.

Al principio Remisof marchaba lentamente; pero poco a poco la curiosidad hizole apretar el paso. ¿Por qué tenía el coronel tanta prisa en enviar aquel dinero a Madama Slavsky? ¿Habría quizás algo interesante que averiguar? Remisof había tenido siempre el vago presentimiento de que la historia de Madama Slavsky debía de estar llena de noticias muy interesantes y de sucesos divertidos. Además, como había dicho al coronel, ¡la señorita Slavsky era tan

Al llegar al rellano del piso del coronel oyó en el interior de su cuarto un animado coloquio.

- Pronto, pronto, decía Ratier, déme usted su reloj y usted, Josia, sus gemelos.

- Son de galvano, le contestaba el secretario en el momento en que Remisof entraba.

- Déme usted sus gemelos, su reloj, continuó diciendo Ratier con gran serenidad, dirigiéndose esta vez a Remisof que quedóse estupefacto.

- Pero...

- No hay pero que valga, despachemos, porque si no vamos a perder el correo.

Sacó del bolsillo el reloj del ruso y tiró de la cadena.

- No quiero, exclamaba sin oponerse; ¿qué va usted a hacer con él?

- Llévarlo al Monte de Piedad, replicó tranquilamente Ratier.

- ¿Para qué?

- Para completar la suma; nosotros hemos empeñado ya todas nuestras alhajas.

oprobio», profirió Ratier, que se había hecho dueño de la situación, es decir, del reloj. ¡Desgraciado! ¿rehusa usted socorrer a uno de sus semejantes? A ver, déme usted sus gemelos, aprisa, más aprisa, va usted a hacernos perder el correo.

A pesar de las vacilaciones de Remisof los gemelos siguieron el mismo camino que el reloj.

- ¡Y el anillo!, exclamó Ratier, ¡vaya un zafiro! Tenga usted, Josia, corra usted al Monte de Piedad y tráigame usted las papeletas.

- Ve al correo directamente, Josia, interrumpió el coronel con un aire muy digno, el correo no espera y ya hemos perdido mucho tiempo.

Josia desapareció como una flecha; Remisof ofendido, humillado, colérico, no atreviéndose a enfadarse y con ganas de llorar fué a sentarse en una silla de rejilla que estaba al otro extremo de la habitación pegando la nariz contra los cristales de la ventana.

- ¡Vaya un carácter más desagradable!, dijo Ratier señalándose al coronel; es para que uno reniegue de los amigos.

— ¡Amigos!, exclamó Remisof con el corazón oprimido y los labios trémulos, ¡amigos!

— ¡Amigos, sí! Usted no comprende la confianza que nos inspira y la amistad que le profesamos. ¿Usted cree que a un extraño le pediríamos semejante favor; a un hombre del que no estuviéramos seguros?

Remisof no estaba convencido; parecía más dispuesto a promover una riña que a arrojarse en brazos de sus amigos. Ratier comprendió que había que emplear otro recurso.

— Es para socorrer a la mejor de las mujeres.

— ¡Ratier!, exclamó severamente el coronel.

— Coronel, no nos asiste el derecho de tener secretos para nuestros amigos, cuando acaba de sacrificar tan generosamente por nosotros.

— ¿De manera que el dinero es para Madama Slavsky?, preguntó Remisof como un cambio fisionómico que encantó a Ratier.

— Sí, es para ella.

— Habrá vuelto a tener pérdidas de juego, exclamó Remisof completamente consolado por la alegría de ver satisfecha su curiosidad. ¡Qué mujer! Es la ruleta personificada. ¡Ah!, coronel, semejantes amistades salen caras.

— Más de lo que producen, pensó Ratier.

— Le dirá usted a Madama Slavsky que yo he cedido mis alhajas para sacarla de apuros, ¿no es eso?, preguntó Remisof acercándose a Boleslao.

— ¿Le hace usted la corte?, interrogó Ratier.

— Yo no. ¡Dios mío!, pero es muy amable y tiene una hija muy bonita... Además cuando uno se sacrifica es natural que reivindique el honor.

— Mañana mismo tendrá usted sus alhajas, profirió el coronel, esté usted tranquilo, y Madama Slavsky sabrá el favor que acaba usted de prestarle.

Habiase hecho la paz. Cuando al cabo de un rato volvió Josia, halló la concordia más perfecta y edificante en el cuarto del coronel; pero apenas había asomado la nariz por la puerta cuando el coronel levantóse de su silla con vigor singular y sin permitir que entrase le arrastró al pasillo.

Ratier, que había observado esta maniobra con maliciosa satisfacción, consagróse a entretener a Remisof, y en dos minutos halló la manera de asombrarle con mil asuntos ingeniosos acerca de la manera de triunfar de las mujeres, según su edad y condición.

Mientras que Ratier le daba un curso de filosofía, Boleslao interrogaba a Josia en el pasillo.

— ¿Cuánto te han dado?

— La primera vez quinientos treinta, la segunda vez seiscientos cuarenta y cinco; total: mil ciento setenta y cinco.

— ¿Has enviado los tres mil francos?

— Sí, coronel; me quedan ahora aproximadamente cuatrocientos cincuenta francos y además he traído los gemelos.

— ¿Qué gemelos?

— Los de Remisof; como he visto que habíamos sacado más de lo que realmente necesitábamos...

— Muy bien, Josia. Entrega doscientos francos al gerente del hotel; dile que hoy no tengo tiempo de ocuparme en mi factura, pero que le envíe esa cantidad entretanto... Dame el resto.

Mientras que Josia cumplía fielmente su misión, Boleslao entró en su cuarto. Había guardado el dinero en su bolsillo, sin que nada delatase su existencia; pero llevaba en la mano los gemelos.

— Convéngase usted, amigo mío, dijo a Remisof, de que sus quejas eran injustas y de lo que han debido hacer sufrir a mi corazón paternal... No ha habido necesidad de hacer uso de los gemelos y me apresuro a entregárselos... Me ha apesadumbrado usted, Remisof, me ha apesadumbrado hace poco.

El coronel estaba tan conmovido que Remisof no tuvo más remedio que presentarle sus excusas.

— Y ahora ¡viva la alegría!, exclamó Ratier. Ahora hay que divertirse. ¿Qué hora es?

Todos metieron maquinalmente la mano en los bolsillos, pero estaban vacíos; pues Ratier tenía buen cuidado de dejarse el reloj en casa, siempre que iba a ver al coronel.

— Por fortuna el péndulo marcha bien. Las seis y cuarto. Es hora de comer.

— Comeremos aquí, dijo el coronel, la cocina deja algo que desear, pero los vinos son pasaderos; además tengo mi idea; ya lo verán.

Comieron y en seguida fuéronse al circo y después parece ser que se fueron a cenar a alguna parte, pero ni Josia ni Remisof pudieron recordar dónde. Al día siguiente, por más que se rompieron la cabeza no lograron acordarse cómo habían entrado en su casa. El coronel y Ratier, que conservaron toda su serenidad, al ser interrogados sobre el particular, guardaron un obstinado silencio.

Después de todo, ¿qué importaba que fuese un

café o una cervicería? El hecho es que los habían embriagado ignominiosamente y pasaron dos o tres días antes de que recobrasen la completa posesión de sus facultades.

Al otro día, a eso de las siete de la mañana, Boleslao dormía a pierna suelta, cuando soñó que llamaban a su puerta y que él decía «adelante»; dió bruscamente una vuelta en la cama y registró el cuarto con espantados ojos. Nadie había entrado; volvióse del otro lado y cubrióse con la manta.

Volvieron a llamar. Esta vez no era un sueño.

— ¿Quién es?, dijo incorporándose.

Desde fuera procuraron abrir; pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Boleslao alargó un brazo, dió vuelta a la llave y se quedó sentado en la cama con los cabellos erizados y la vista huraña.

Sin embargo, no era la cabeza de Medusa la que entró por la puerta, sino la propia Madama Slavsky.

A su aparición Boleslao se echó hacia atrás, y no queriendo dar crédito a sus ojos, que se restregó varias veces para ver si lograba quitarse de los párpados las brumas del sueño.

— ¿Usted, madama, aquí y a estas horas?

Madama Slavsky llevóse un dedo a los labios, dirigióse a la ventana, descorrió las cortinas y volvió al lado del coronel que la contemplaba fijamente, sin acertarse a explicarse lo que estaba pasando.

— Soy yo, dijo alegremente, no despertemos a nadie y hablemos. He llegado en el tren de la noche.

El coronel al verla de tan buen humor se aventuró a tenderle la mano, que Madama Slavsky estrechó entre la suya.

— ¡Uf!, dijo Madama Slavsky, me siento muy fatigada; no he pegado los ojos en toda la noche...

Cruzó las manos sobre sus rodillas y fijó en Boleslao una mirada llena de jubiloso triunfo.

— ¡He hecho once veces el máximum!, dijo en voz baja con acento de una visible satisfacción.

— ¡Once veces seis mil!, exclamó el coronel.

Madama Slavsky llevóse el índice a los labios.

— A más de otras series dichosas... Traigo aquí dentro setenta y tres mil francos en oro y billetes.

Y arrojó sobre la mesa un saquito de cuero de Rusia que el coronel, sin tocarlo, miró con admiración.

Madama Slavsky tenía cuarenta y dos años y los llevaba tan bien que hubiese abofeteado al que se hubiese atrevido a echarle más de treinta y cinco. Alta, de muy buena presencia, unía a todos sus demás encantos la gracia felina de las polonesas, que los hombres de todos los países aprecian mucho y a la que las mujeres de todas las naciones, sobre todo las rusas, profesan una aversión particular.

La tez de Bárbara Slavsky poseía aún esa blancura deslumbradora que parece ser un privilegio de las polonesas; pero aquella piel tan fina comenzaba a arrugarse, los labios tan llenos siempre llenábanse de pliegues, los párpados se cargaban y su cintura tendía a engruesar con exceso... En suma, Madama Slavsky tenía cuarenta y dos años, mal irremediable y destinado a agravarse más cada vez.

Tal como se la presentamos a nuestros lectores podían imaginársela devorada por el deseo de casar a su hija — una muchacha de veintidós años que no quería tener dieciséis.

— ¡Setenta y tres mil francos!, dijo el coronel en voz baja, ¡entonces nos hemos salvado!

Madama Slavsky hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Pero, exclamó de pronto Boleslao, si ayer salió usted de Mónaco, no ha recibido entonces el envío que la anuncié ayer por telegrama.

— No, no lo he recibido... Ni pensaba en ello siquiera. He estado jugando todo el día... Tengo que contar a usted una aventura... Imagínese usted que Katia...

— ¡Es cierto!, y Katia ¿dónde está?, preguntó Boleslao acordándose entonces de ella por primera vez.

— En Mónaco con su señora de compañía.

— ¿Por qué la ha dejado usted?

— Tenía que hablar con usted y usted ya sabe que estas muchachas del día lo quieren saber todo.

— ¿Pero cómo se ha prestado a quedarse?

— Le he dicho que necesitaba dinero imprescindiblemente; debo una factura en el hotel; por eso le pedí a usted...

— Una suma considerable, dijo el coronel. Le he enviado a usted tres mil francos.

— ¡Excelente amigo!

— Y eso que no los tenía... Ha sido toda una epopeya... De modo que ha dejado usted a Katia.

— En prenda en el hotel. Era el único medio de desembarazarme de ella... Además regreso esta noche o todo lo más mañana por la mañana.

— Mañana, dijo Boleslao, no creo que veinticuatro horas basten para arreglar nuestros negocios.

— ¿No marchan bien?, preguntó Bárbara sorprendida. Su telegrama...

— Mi telegrama es una prueba más del afecto que la profesó; ahora que tiene usted medios de sacarnos de apuros debo confesarle que jamás me he visto en mayores aprietos; debo a todo el mundo.

— Poco debe importarle eso ahora. Pero volviendo a Katia, ¿creerá usted que esa tontuela se ha propuesto desobedecerme? Yo la había prohibido que jugara; ya sabe usted, Boleslao, que hay algunos hombres muy ridículos... Su novio pasaba a su lado dos horas de la tarde después del mediodía, mientras yo me consagraba a mis ocupaciones. No esperábamos más que el dinero para la canastilla, que Mr. Slavsky debía enviarme de un momento a otro, cuando de pronto, hará unos tres días, el marqués Braccioli...

— ¿Quién es ese caballero?

— ¿El marqués Braccioli? Pues es o, mejor dicho, era el novio de Katia.

— ¡El novio!..., no lo entiendo. ¿No estaba Katia prometida a Merentzof?

— ¿Ahora se entera usted, Boleslao?, hace seis semanas que se deshizo ese casamiento. El mismo día de la ruptura, Braccioli me pidió la mano de Catalina y yo se la concedí después de buenos informes. ¡Cómo! ¿no lo sabía usted?

— Ahora es cuando me entero.

— Es que se me habrá olvidado el escribírselo. El casamiento de Braccioli con Katia marchaba viento en popa; pero el marqués, el lunes pasado no encontró a Katia en casa cuando fué a hacerle la visita acostumbrada. Sorprendido, quiso informarse y preguntó dónde estaba. Le indicaron que en el casino, y muy disgustado dirigióse allí, y apenas hubo entrado en la primera sala se tropezó con Katia que jugaba encarnizadamente a la ruleta. La pobre muchacha hacía un mes que ahorraba, no comprándose guantes para poder satisfacer ese capricho. El marqués lanzóle miradas fulminantes, en las que naturalmente Katia no se fijó; entonces él acercóse y cogióla por un brazo; hacía rato que estaba perdiendo la pobre muchacha. Al verle exclamó: «¡Ah!, ya sabía yo que había algo que me quitaba la suerte. Váyase usted o voy a perderlo todo.» Se fué como ella se lo dijo; pero para no volver más.

— Pero usted ¿dónde estaba entretanto?

— En la sala de al lado perdiendo al treinta y cuarenta. Al salir me encontré a Katia llorando; había perdido todo su dinero y tenía en la mano una carta muy cortés que era una ruptura definitiva.

— ¡Qué pedante!, murmuró Boleslao.

— ¡Qué quiere usted! Entonces me presentaron mi factura en el hotel. No sabiendo a qué santo encomendarme, escribí a usted porque estaba muy lejos de pensar que iba a ocasionarle tantas molestias.

— No hablemos de eso, dijo el coronel. Ahí hay con qué salir completamente de nuestros apuros.

— Sí, pero del todo, repuso Madama Slavsky, del todo..., es mucho decir; imagínese usted que debo nueve mil francos a la modista; a Madama Satof le pedí prestados diez mil, aunque ésa no los espera.

— ¿Está aquí?, preguntó Boleslao.

— No, en Isola-Bella, en donde estará todavía un mes. También debo los tres mil rublos que me prestó el general Tommè aquel día que perdía yo tan horriblemente jugando al rojo..., una serie abominable... Además, por todas partes me acosan con facturas, pero éstas no me importan. ¿Y la situación financiera de usted, Boleslao?

Boleslao le expuso su situación.

Todo el hotel estaba ya de pie cuando terminó... Madama Slavsky abrió la puerta, aseguróse de que no pasaba nadie por el corredor, y con sigilo llegó hasta su cuarto situado en el mismo piso.

El coronel había hecho ya toda su *toilette* cuando Josia entró en su habitación. El fiel secretario, trastornado todavía por los sucesos de la noche anterior y particularmente por los que habían llenado la velada, sentía un malestar tanto moral como físico.

— ¡Hola!, Josia; ¿qué hay de nuevo?, preguntó el coronel, absorto por la perspectiva brillante que le había hecho entrever Madama Slavsky.

Josia no sabía ninguna novedad, y cabizbajo y mohino, así se apresuró a decirse al coronel.

Éste, sorprendido al oír el timbre extraordinario de una voz, habitualmente clara y musical, fijó los ojos en su secretario y le halló un aire más lastimoso que de costumbre. Entonces se acordó de lo de la noche anterior y juzgó el momento propicio para endilgarle una lección de moral.

— Parece que no estás en tu asiento, Josia, dijo con dulzura y benevolencia.

Josia, conmovido ante aquella bondad, cuando no esperaba oír más que reconvenciones a causa de su zardanza, bajó la cabeza y respondió débilmente:

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

— ¿Qué le pasa?

- No importa, coronel. Esta mañana no hay cartas. Vengo de la sociedad.

- No te hablo de cartas ni de la sociedad, Josia; me refiero a tu estado. Me parece que anoche te dejaste arrastrar más allá del límite de la templanza.

Josia, que no había querido beber mientras pudo pronunciar una palabra, bajó aún más la cabeza ante aquella reconvencción paternal.

- No hay ningún mal, amigo mío, en divertirse dentro de los límites de la honestidad; pero me temo que ayer no traspasases esos límites. Como eres joven y estás lleno de buenas intenciones espero que desde hoy en adelante serás más prudente.

El coronel, extendiendo la mano con un gesto protector, pareció alejar aquella conversación llena de reproches y remordimientos para Josia que levantó hacia él sus ojos mudos de reconocimiento.

- Hoy tenemos que hacer muchas cosas, Josia, dijo Boleslao; primero vas a ir corriendo a casa de Remisof para rogarle, de mi parte, que se pase por aquí después de almorzar y luego irás a casa de Ratier. Ah... y mándame un coche porque salgo.

Josia se inclinó sin decir una palabra y pedestremente cumplió en una media hora los encargos del coronel. Cuando volvió le dijeron que el coronel estaba almorzando en el comedor. Entró y cuál no sería su sorpresa al ver sentados a la mesa redonda, frente a frente, a su jefe y a Madama Slavsky.

- ¡Madama Slavsky!, exclamó Josia con más veneración que nunca.

La amable viajera, con una sonrisa encantadora, tendió la mano izquierda a Josia por encima de su hombro derecho; Josia apoyó con fervor sus labios en aquella mano indiferente y bella y luego fué a sentarse al lado del coronel sin atreverse a hacerle la menor pregunta durante un rato.

- ¿Y Mademoiselle Catalina?, preguntó por fin.

- Mi hija se ha quedado allí

El corazón de Josia, que había latido febrilmente al entrar en el comedor, pareció quedarse inactivo de repente, y se dejó quitar el plato.

- ¿Has visto a Ratier?, preguntó Boleslao.

- No, coronel, había salido; pero le he dejado escritas algunas líneas.

- ¿Y Remisof?

- Remisof vendrá por la tarde.

- ¿Qué estaba haciendo?

- Tenía dolor de cabeza, contestó Josia.

- ¿Por qué no te lo trajiste a almorzar?

- No creo que almuerce hoy, coronel, repuso Josia. Ha bebido dos botellas de agua de Seltz natural y está muy triste.

Madama Slavsky se rió a medias, lo que aumentó la consternación del secretario.

- Usted tampoco tiene el aire muy alegre, Josia.

¿Le ha pasado a usted algún percance?

- Josia se ha ocupado en los asuntos de usted con mucho interés. Está fatigado, dijo el coronel.

Madama Slavsky dirigió al joven secretario una mirada de dulce conmiseración.

Terminó el almuerzo y Madama Slavsky voló, quizás algo pesadamente, a los almacenes de novedades mientras que el coronel encerrábase con Josia para examinar los legajos de cuentas, de facturas, de notas, de las cuales aun no se había pagado ninguna.

Aquel día Ratier había salido temprano; las distracciones de las veladas precedentes no le habían causado efecto alguno; su naturaleza defendiérale contra el malestar que postrara a sus dos amigos.

A medida que avanzaba, en lugar de encontrarse fatigado, pareció que se le aligeraba el pecho y apresuró el paso respirando a plenos pulmones. Al ver un gran manojo de lilas lo compró sin regatear.

- ¡Que Dios bendiga esa mano que me estrenal, dijo la vendedora persiguiéndose con la moneda.

Ratier subía con paso ligero la calle Lepic bajo el hermoso sol abrileno, cuando al llegar al famoso molino, olió en el aire matutinal un aroma a tortas y penetró en la tienda.

Lo primero que atrajo sus miradas fué una fila de tortas doradas y humeantes, que salían del horno. Escogió la más larga y bajó alegremente la falda de la colina marcando el paso con un aire en boga.

Cuando hubo llegado al castillo de las Nieblas entró en el patio y al percibir en el fondo del jardín un vestido claro de mujer, encaminóse hacia allí, besando a la joven que lo llevaba, como a una antigua conocida.

- ¡Es Ratier!., gritó un apuesto joven de unos treinta años que estaba a espaldas de ellos, a unos cuantos pasos, sembrando volúbilis en un cajón. ¡Es Ratier! ¿A esta hora? Pero has hecho muy bien. Vas a almorzar con nosotros.

- Para eso he venido, contestó Ratier poniendo su ramo sobre el brazo de la muchacha y la torta en manos del joven. ¿Y Bebé?

- Bebé está arriba. La viste su niñera.

- Una torta calentita. ¡Ah!, Madama Feraud, ¡ah!, amigo Jacobo, qué bien se está aquí!

Se calló, de pronto, poniéndose serio.

- ¿No tienes nada? ¿No te ha pasado algo desagradable?, preguntó Jacobo con interés.

- Nada.

- ¡Como no tenemos costumbre de verte a estas horas; y como hace ya seis meses que no te habíamos visto por aquí!

- ¿Seis meses? ¡no puede ser!, exclamó Ratier.

- ¡Ya lo creo! Acabábamos de pagar el alquiler de octubre y hoy hemos pagado el de abril.

- ¡Seis meses!, replicó Ratier, pues no he trabajado yo poco en este espacio de tiempo.

Permaneció silencioso un momento contemplando en su interior aquella mitad del año y un brillo melancólico fulguró en sus ojos burlones.

- ¿Y qué capricho le ha dado a usted de venir hoy, Sr. Ratier?, preguntó la joven sonriéndose.

- Nada... que me han entrado deseos de ver gentes honradas... y que no sean tontas.

Madama Feraud alejóse para que añadiesen chuletas a su modesto almuerzo y Ratier se sentó en un banco al lado de su amigo.

Jacobo Feraud era condiscípulo de colegio de Ratier; pero al salir de él ambos habían emprendido diferentes caminos. A menudo acontece en semejantes casos que los amigos se olviden, pero la amistad de ambos jóvenes había sobrevivido a todo lo que suele quebrar a las demás. Feraud, que era pobre, se vió obligado a hacerse profesor de Matemáticas y, poco a poco, había llegado a crearse una posición y gradualmente habíase hecho una vida, en donde la rutina puso ese grano de orden y puntualidad tan necesarios y donde también tenía su parte y su lugar el desenvolvimiento del espíritu. Feraud además era inventor y varias aplicaciones prácticas de la ciencia le habían procurado algo de gloria y muy poco dinero.

No obstante, cuando terminadas sus lecciones subía hacia el castillo de las Nieblas, una alegría grave llenaba su corazón, la del hombre que se lo debe todo a sí mismo; además habíase casado con una muchacha encantadora, a quien amaba, y que entre otros méritos no tenía dote ni deudos, de suerte que vivían únicamente el uno para el otro. Una niña de dos años alegraba su hogar y ocupaba todo el tiempo de su madre, de suerte que Feraud, desde que nació ella, volvía más pronto a su casa que antes.

El lector ya ve que no podían ser más dichosos.

Ratier consideraba a aquella familia con una especie de curiosidad mezclada de respeto. No podía comprender que con cuatro mil francos se pudiese vivir y educar además a una niña. Más de una vez había abierto su bolsa a Feraud que rehusóla estoicamente.

- No podría devolvértelo, dijo.

- ¿Y eso qué importa?, respondió Ratier.

A Feraud sí le importaba y continuó su lucha con la pobreza de la que salió por fin vencedor. Por lo que hace a Madama Feraud era un ángel.

- ¿Qué te haces?, preguntó Jacobo.

- No lo sé; te doy mi palabra de que no lo sé...

- ¿Has renunciado ya al teatro?

- ¿No te he dicho que no lo sé? Aun lo he de ver.

- Se me figura que es tiempo. ¿Qué edad tienes?

- Cumpliré pronto veintiocho años.

- ¿Y aun no has elegido ninguna carrera?

- Tengo tiempo; aun no me he comido todo mi dinero.

- ¡Jacobo!, gritó Madama Feraud.

Asomada a la ventana de su cuarto, llamaba a los dos amigos a almorzar. Ambos subieron y con la ayuda de Bebé, durante una hora no se oyó más que una gran batahola de risas y disparates.

- ¿Canta usted todavía, Sr. Ratier?, dijo Madama Feraud, cuando llegó el momento del café y de los cigarros.

- A veces, pero poco.

- ¿Entonces qué haces?, preguntó Jacobo.

- Me divierto, respondió Ratier con tono dogmático. Quiero decir que consagro mi tiempo a diversas ocupaciones, consideradas generalmente como diversiones, tales como levantarse tarde, convidar a comer a los demás, comer de restaurante, jugar a los juegos más emocionantes, perder el dinero, comprar caballos y revenderlos con pérdida, acostarse tarde y decir groserías a las damas. ¡He dicho!

- Valías más antes, dijo Jacobo sin poder reprimir una sonrisa ante aquella nomenclatura.

- ¡Antes! ¡Antes cuando yo estaba enamorado de las estrellas, cuando hacía versos, cuando era virtuoso y pobre! Pero la pobreza me ha dado apetitos feroces y ahora que estoy a la mesa...

- Te buscas una indigestión, interrumpió Jacobo.

- ¡Ay!, amigo mío, hace ya tiempo que la tengo.

Estoy desengañado de todo, saturado de todos os goces.

- Pero, ¿por qué no cantas? Después de haber estudiado tanto...

- Todo eso es culpa de mi tío.

- ¿Del que murió?

- Del mismo. Sigue mi razonamiento. Yo tenía diecisiete años, seguía mis estudios y estando un día, durante las vacaciones, en casa de mi tío, me dió la ocurrencia de abrir la partitura de *Guillermo Tell* y de echarme a cantar:

»¡Oh cielo, tú ya sabes que Matilde me es cara.

»Yo berreaba de tal suerte que parecía que iban a saltar hechos pedazos los cristales de la ventana, cuando de pronto mi tío entrando en mi cuarto se echa a mi cuello y exclama: «¡Oh Eugenio vas a ser el más grande de todos los tenores.» Yo no había estado nunca en la Ópera. Mi tío me hizo cantar todo el día y me dió veinte francos para que me divirtiera. ¡Oh! tío, que ya no existes, que Dios te perdona esos veinte francos; estoy en duda si ellos no han sido un obstáculo para que entres en el Paraíso. Para abreviar, el siguiente jueves mi tío fué a buscarme y me llevó a casa de Duprez. Allí decidióse, sin contar conmigo para nada, que yo tenía una voz de tenor, un tenor *di forza*. En fin, que interrumpieron mis estudios y entré en el Conservatorio. ¡Ah!, amigos míos, yo no sé por qué le nombran así; no sé lo que conserva, porque no conservé mi virtud.

- Pero en aquella época tú no eras rico, interrumpió Jacobo.

- ¿Y eso qué importa? Yo tenía una inclinación viciosa. Precisamente cuando después de algunos años de trabajo asiduo y tenaz, mitigado es cierto por los buenos ratos que pasaba, iba a debutar impulsado por el dinero y los amigos de mi tío, todos melómanos furiosos como él, el pobre hombre murió dejándome toda su fortuna.

- Pero eso no era una razón para que abandonaras el canto.

- ¡Como que ya tenía para vivir!

- ¿Y el arte, y la gloria, y el sentimiento del propio valer?

- Sí, sí...; pero eso es harina de otro costal y yo todavía no la he molido...; reservo todo eso para cuando sea viejo... y no tenga ya voz; al público le gustan más los tenores así... Ya ves cómo mi tío tiene la culpa; si no me hubiese hecho cantar, ahora estaría yo haciendo fortuna como funcionario del Estado. Este es el primer error cometido por mi tío; el segundo fué nombrarme su heredero. A no ser así ya hubiese yo debutado y cantado a razón de dos mil francos por noche. Y de ahí no se puede salir.

- Al contrario hay que tratar de salir de eso... Con tu fortuna...

- ¡Mi fortuna! No me hables de ella, querido, porque ya no me quedan más que las migajas. No sé si tengo aún unos treinta mil francos y esos los escondo...; me los escondo a mí mismo... Me paseo durante ocho días por París con una pieza de veinte francos...; les mermo las propinas a los camareros de café...; voy en ómnibus... Pero todo esto es demasiado bueno para que dure. Cuando he economizado cincuenta francos es justo que me permita un pequeño desquite y entonces gasto quinientos. Ya veis que soy ordenado y, sin embargo, eso no ha sido óbice para que me arruine.

Ambos esposos, consternados, miraron a Ratier sin atreverse a decir una palabra.

- ¡Es ese golfo de París el que ha tenido la culpa!, exclamó Ratier acercándose a la ventana y amenazando con el puño crispado a los lejanos árboles de los Campos Elíseos y al encristalado techo del Palacio de la Industria; es ese monstruo el que ha ocasionado mi desdicha; es tan bello, tan divertido, tan venal y tan caprichoso. Pero ¡yo le adoro!, dijo enviándole besos a manos llenas a la nube de polvo que difumina los contornos de aquel terrible París.

- ¿Y cuando se haya arruinado?, insinuó Madama Feraud tímidamente.

- Tengo el refugio del teatro... Gracias a una suerte que no me merezco, el pecho se ha conservado entero y robusto, y mi voz sigue siendo la misma.

- ¿Sin ejercitarla?, preguntó Jacobo.

- ¡Chist!, repuso Eugenio llevándose un dedo a los labios; soy un hipócrita abominable; no he estado nunca veinticuatro horas sin trabajar.

- Sin cantar, querrás decir.

- Sí, amigo mío; yo le llamo trabajar porque no lo hago por mi gusto.

Los tres amigos permanecieron un momento silenciosos.

- ¿Por qué no se casa usted?, preguntó Luisa ruborizándose de su audacia, usted podría hacer un buen casamiento.

(Se continuará.)

MADRID.-EL EXSULTÁN MULEY HAFID

El exsultán de Marruecos Muley Hafid ha permanecido unos días en España visitando algunas capitales andaluzas, Madrid y Barcelona.

Terminada la entrevista, el Marqués de la Torrecilla y el comandante Guiao acompañaron, por orden de S. M., al exsultán hasta las habitaciones de S. M. la Reina Doña María Cristina. Con esta augusta señora se hallaban la duquesa de la Conquista, la conde-

de su patria una lealtad a toda prueba y una actividad incansable, avalorada por una inteligencia esclarecida.

LA CIUDAD DE SERAIEVO

La capital de la Bosnia y Herzegovina tiene hoy carácter de actualidad por las operaciones militares entre austriacos y serbios y montenegrinos, y se ha hecho tristemente célebre por haberse perpetrado en ella el asesinato del archiduque heredero de Austria Francisco Fernando y de su esposa, suceso que ha sido la causa o pretexto de la actual guerra europea.

Seraievo está situada en un llano a orillas del Mi-liaska; su aspecto es el de una masa de jardines, alminares, baluartes y torres, todo dominado por montañas llenas de bosques, y cuenta con una población de unos 52.000 habitantes, de ellos 17.000 musulmanes. Sus antiguas industrias locales han decaído considerablemente ante la competencia de los grandes centros fabriles de la Europa central, una vez



Madrid.-El exsultán de Marruecos Muley Hafid saliendo del Palacio Real después de la visita que hizo a S. M. el Rey (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

En la corte fué recibido por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, habiéndose trasladado desde el hotel en donde se hospedaba al regio alcázar en un landó abierto de la Casa Real, acompañado del intérprete de nuestra legación en Tánger D. Reginaldo Ruiz.

En la plaza de la Armería estaba formada en línea

sa de Mirasol y el príncipe Pío de Saboya. La visita duró unos diez minutos y durante ella Muley Hafid tuvo frases de gran afecto para España, de la que se mostró encantado.

El jefe superior de Palacio y el zaguanete de Alabarderos acompañaron luego a Muley Hafid hasta la salida, habiéndole tributado de nuevo las tropas, en la Plaza de Armas, los correspondientes honores.

EL MARQUÉS DE SAN GIULIANO

El marqués de San Giuliano, ministro de Negocios Extranjeros de Italia, era una de las personalidades más salientes de la política y de la diplomacia de su país. Figura preeminente en el actual gabinete Salandra, como lo había sido en el de Giolitti y en otros, su permanencia al frente del departamento de la Consulta, al través de las mudanzas y cambios políticos, acreditaba su prestigio reconocido, su autoridad y su patriotismo.

Aunque amigo declarado de Alemania y defensor de la Triple alianza, al estallar la actual conflagración europea supo sortear con talento y habilidad grandes las difíciles circunstancias, logrando mantener y hacer respetar la neutralidad de Italia y librar a su patria de los horrores de la guerra.

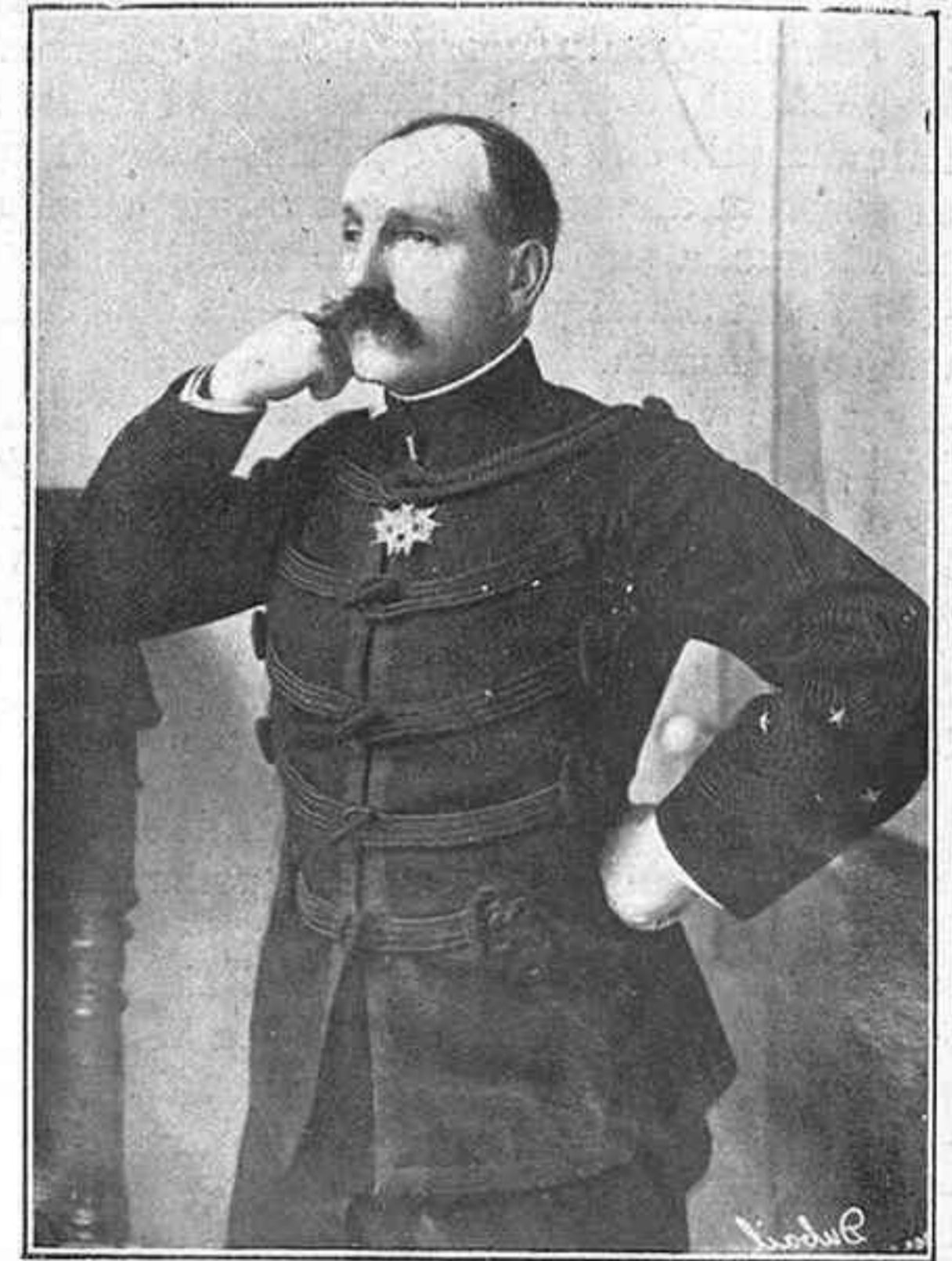
Fué varias veces diputado por Catania y actualmente era senador. Había sido comisario real en Eritrea y en 1906 embajador de Italia en Londres, en donde organizó una serie de conferencias de alta cultura sobre la Italia del pasado y del presente que le valieron el título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Oxford.

Hombre de vastísima cultura, orador fácil e insinuante, diplomático por temperamento y por vocación, puso al servicio de su rey y

desaparecido el cordón aduanero que de ellos las separaba durante la dominación turca.

Entre sus principales edificios merecen citarse la Escuela de Derecho musulmán, el Seminario católico, el gran bazar, la nueva Casa Ayuntamiento y la mezquita que reproducimos adjunta.

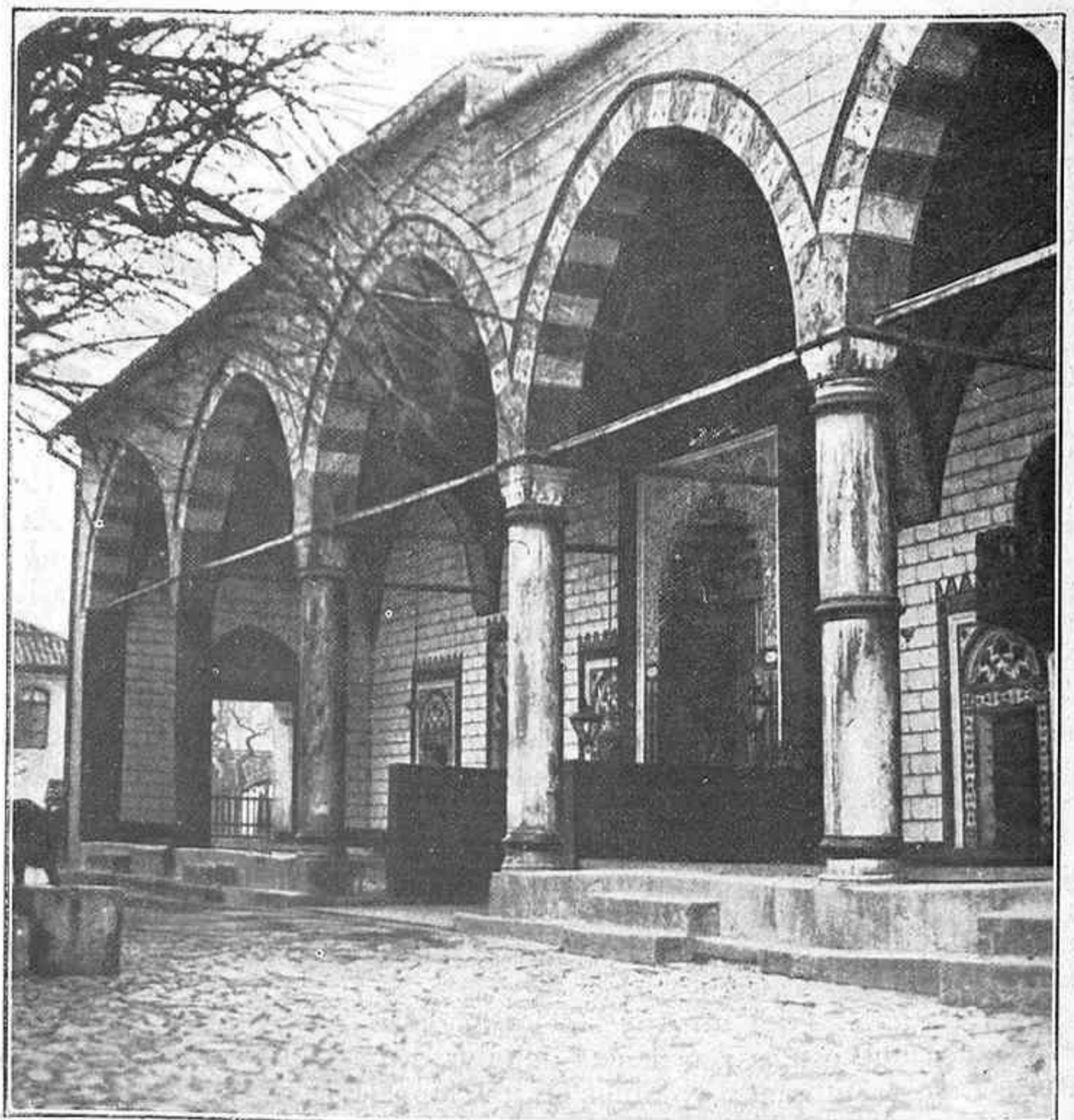
El general francés Duboil, a quien el gobierno ha concedido, a propuesta del generalísimo Joffre, la gran cruz de la Legión de honor por sus méritos de guerra. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)



El marqués de San Giuliano, ministro de Estado de Italia, fallecido en Roma el 16 del actual. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)

la guardia exterior, con bandera, que presentó armas y batió marcha al aparecer Muley Hafid. Este, que llevaba amplio jaique blanco, fué recibido al pie de la escalera principal por el jefe superior de Palacio, Sr. Marqués de la Torrecilla, y un zaguanete de Alabarderos, al mando del oficial mayor de guardia, comandante Merello.

Muley Hafid subió a la Real cámara, en donde se hallaban el jefe de la Casa militar de S. M., general Aznar, y los ayudantes del Rey, comandantes Guiao y Ponte. D. Alfonso XIII, que estaba en su despacho, salió al encuentro del exsultán, uniéndose a él en la cámara, y juntos pasaron al despacho particular de S. M. acompañados tan sólo del intérprete Sr. Ruiz, habiendo conferenciado allí cerca de media hora.



La mezquita mayor de la ciudad de Seraievo, capital de la Bosnia Herzegovina, actualmente amenazada por los serbios y montenegrinos. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)

EL CONDE ALBERTO DE MUN

Este político ilustre, gran patriota y uno de los más fervientes defensores del partido católico francés, nació en Lumigny (Sena y Oise) el 23 de febre-



El ilustre político, escritor y orador francés conde Alberto de Mun, fallecido en Burdeos el día 6 del actual. (De fotografía.)

ro de 1841. Alumno de la escuela de Saint-Cyr, hizo la campaña de Argelia de 1862 a 1866 y era teniente de un regimiento de cazadores cuando estalló la guerra de 1870, habiendo tomado parte en la defensa de Metz y sido hecho prisionero cuando aquella plaza se rindió a los alemanes.

Terminada la guerra, fué nombrado capitán de coraceros y agregado al gobierno militar de París; pero habiéndole el ministro de la Guerra enviado en 1875 a un regimiento, como castigo por su propaganda en favor de las obras católicas y sociales, presentó la dimisión y abandonó la carrera de las armas. Al año siguiente, fué elegido diputado por Pon-

aquel momento se declaró resueltamente campeón del catolicismo, subordinando todas las cuestiones políticas al ideal y a los intereses religiosos, y desplegando los más laudables esfuerzos para desarrollar una organización obrera, para la cual se inspiró en el espíritu de las antiguas tradiciones. Los círculos católicos por él fundados tuvieron una existencia próspera y no tardaron en propagarse por Francia.

Después de las elecciones de 1885, fundó el grupo parlamentario de la Alianza católica; pero habiendo sido desautorizado por el Vaticano, renunció a toda acción política tendiente a la creación de un partido católico. Entonces se negó a unirse al movimiento parlamentario de los partidos conservadores que se adhirieron a la República; pero algunos años más tarde se aproximó a los adheridos y en 1892 fundó, con diputados pertenecientes a distintos grupos de la derecha, una liga de propaganda política y social cuyo objeto era asegurar mayorías católicas en el seno de las asambleas parlamentarias. En las elecciones desde 1894 hasta el presente año fué elegido diputado por la circunscripción de Morlaix.

El conde de Mun era un orador elocuente y de grandísimo talento; los tres tomos de sus discursos constituyen una parte importante de su obra y le abrieron las puertas de la Academia Francesa, en la que ingresó en 1897. En estos últimos años colaboró en varias revistas y en *L'Echo de Paris*, en donde, desde que se declaró la actual guerra, escribía hermosas crónicas diarias inspiradas en el más ardiente patriotismo. Además de sus discursos, deja escritas numerosas obras, entre ellas *La ley de los sospechosos*, *Cartas a M. Waldeck-Rousseau*, *Las Congregaciones religiosas ante las Cámaras* y *Contra la separación de la Iglesia y del Estado*.

El entierro del conde de Mun revistió gran solemnidad y fué presidido por el Presidente de la República y el gobierno, que asistieron asimismo al oficio religioso celebrado en la iglesia de Nuestra Señora.

UNA OBRA DE CELESTINO DEVESA

El celebrado escultor olotense Celestino Devesa ha terminado recientemente el panteón que adjunto reproducimos y que ha sido erigido en el cementerio de Olot por encargo de una familia de aquella ciudad.

Las estatuas son de tamaño mayor del natural y están ejecutadas en mármol; el resto del monumento, que mide 4,70 metros de alto, es de piedra de



Panteón de la familia Masllorens en el cementerio de Olot, obra de Celestino Devesa. (De fotografía.)

Murcia. Los tres peldaños simbolizan la escalera de la vida: la infancia, la juventud y la vejez. Las estatuas que se ven al lado del sarcófago representan *El Dolor* y *La Resignación*. La obra de Devesa está hondamente sentida y en su conjunto ofrece un aspecto bello y severo cual corresponde a esta clase de monumentos. Las dos estatuas expresan admirablemente los sentimientos que representan.

D. FRANCISCO VIDAL

Ha fallecido recientemente en esta ciudad el conocido artista decorador Sr. Vidal, a quien tanto deben el arte de la decoración y las industrias artísticas de nuestra capital, a los que, hace treinta años, dió



D. Francisco Vidal, reputado artista decorador fallecido en Barcelona el 11 del actual. (De fotografía.)

grandísimo impulso llevándolos hacia las modernas orientaciones. De la fundición artística por él montada en aquel entonces, primera en su clase que hubo en Barcelona, salieron obras notabilísimas, entre ellas la estatua de Colón del monumento de la plaza de la Paz; y en sus talleres de muebles y demás industrias relacionadas con el mueblaje y decorado de habitaciones, se confeccionaron innumerables piezas de gusto exquisito y de construcción inmejorable.

El Sr. Vidal ha dirigido las instalaciones de muchos establecimientos públicos y de muchísimas viviendas particulares, no sólo de Barcelona, sino también de otras capitales de España, habiendo demostrado en todas ellas una originalidad, una elegancia y un sentido de arte extraordinarios, producto de su vasta cultura y de su sentimiento y conocimientos artísticos.

Ha sido además un excelente maestro, pudiendo afirmarse que sus talleres fueron vivero de operarios inteligentísimos que propagaron el buen gusto y las provechosas enseñanzas a su lado adquiridos.



El Dolor



La Resignación

Reciba su familia y en particular su hija Luisa, nuestra distinguida colaboradora, nuestro más sentido pésame.

tivo, afiliándose a la extrema derecha. Reelegido en 1877, en 1879 fué derrotado por un candidato republicano; pero en 1881 volvió a la Cámara y desde



La guerra europea. - Familias belgas que se han refugiado en Londres huyendo de la invasión alemana. (De fotografía de Topical, remitida por J. Vidal.)

Por millares se cuentan las familias belgas que, huyendo de la invasión alemana, se han refugiado en Inglaterra. La inmensa mayoría de ellas ha llegado allí en el más lamentable estado y en la mayor miseria, pues ni tiempo ha tenido para recoger y llevarse consigo los modestos ajuars, habiéndolo abandonado todo con tal de no soportar el yugo del invasor.

Inglaterra ha acogido a todos aquellos fugitivos y las autoridades les han procurado de mo-

mento albergue y comida, facilitándoles luego en las ciudades y en los campos trabajos con que atender por sí mismos a su subsistencia.

A la obra del gobierno han colaborado también muchísimos particulares de todas condiciones prestándose a dar hospitalidad a los que hoy, lejos de su patria, se hallan faltos de recursos y no cuentan con más amparo que el de la caridad de sus semejantes.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

EL ESCAPULARIO ROTHSCHILD, por *Vicente Díez de Tejada*. - El justo renombre alcanzado en el mundo de las letras españolas contemporáneas por el Sr. Díez de Tejada y la circunstancia de tratarse de un colaborador estimadísimo de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se ha honrado publicando mu-

chos y muy hermosos trabajos suyos, hacen ociosos los elogios que pudiéramos dedicar a este libro, del cual nos limitaremos a decir que, además de la preciosa novela que le sirve de título, contiene tres bellísimos cuentos, y que en una y otros el interés de la acción hállase avalorado por la galanura de estilo característica de su fecundo y celebrado autor. *El escapulario Rothschild* forma parte de la Biblioteca Patria, con tanto éxito publicada en Madrid, y ha obtenido el premio instituido por Justa Sundheim. Un tomo de 134 páginas; precio, una peseta.

EL ENCANTO DE LA MONTAÑA, por *Ricardo Ferraz Revenga*. - Inspirándose en una conocida conseja, el Sr. Ferraz Revenga ha compuesto un bellissimo cuento en el que conserva de aquella sólo el hecho fundamental, desenvolviendo la acción y desenlazándola en forma enteramente nueva. *El encanto de la montaña* está escrito en armoniosos versos y diversidad de metros. Un tomo de cuarenta páginas, impreso en Madrid en la imprenta de El Liberal; precio, 1'50 pesetas.

HOMENAJE AL POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo, tamaño folio, de sus bellísimas **DOLORAS**, ilustradas con numerosas viñetas intercaladas en el texto, dibujadas por los celebrados artistas **José Luis Pellicer** y **José Sala** y veintiséis preciosas láminas, impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor **José M.^a Tamburini** ejecutados expresamente para esta edición. Agotada la tirada de este libro y siendo muchos los pedidos que se reciben de esta notable edición, hemos procurado completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta, lujosamente encuadernados, al precio de 15 pesetas ejemplar.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILAVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN